Lola Larrosa de Ansaldo.

HIJA MIA!

NOVELA.

BUENOS AIRES.

Imprenta de Juan A. Alsina, Mexico, 1422, (antes 634).

1888

DEDICATORIA

A

N. S. de los D.

SEÑORA!

Mi mente ha elaborado un poema de amor materno.

A nadie mejor que á tí debo consagrarlo. A tí, que, como mi madre bendita, tienes derecho á que yo arroje á tus piés las humildes flores de mi huerto.

Ampáralas para que jamás se marchiten.

Dolores.

HIJA MIA!

I.

DOS ROSAS Y UNA ADELFA.

En un saloncito de estudio, en cuyas paredes se ven lujosos estantes, cubiertos de libros, hállanse reunidas tres niñas, entregadas á las labores diarias.

Dos son rubias; la otra morena. Esta se llama Enriqueta, y cuenta apenas dieciocho abriles. De esbelta talla, de maneras suaves y distinguidas, de cabello negro, partido en dos gruesas trenzas, el rostro de una dulzura incomparable, hermoso como el sueño de la inocencia, su tez pálida ilumínanla los destellos de sus ojos, tambien negros como el abundoso cabello. Diríase que

la pristina belleza de aquella niña solo era comparable á la rosa que entreabre su cáliz al soplo acariciador de la brisa matinal.

Viste sencillo traje, celeste pálido, y lleva con suma gracia, un delantal negro, aprisionando su cintura breve.

Las dos rubias difieren entre sí por su aspecto físico; pues aunque son hermanas, ningun rasgo fisonómico identifica esta afinidad.

Matilde, que tiene la misma edad de Enriqueta, no iguala á esta en estatura; es más pequeña, de formas más desarrolladas, y es ménos rubia que su hermana. La bondad refléjase en su rostro alabastrino, que ofrece el más delicioso conjunto de gracias. Es sonrosada, fresca y sonriente; sus ojos azules miran con cariñosa expresion, y su boca, verdadero nido de encantos, siempre movible, como rizada onda acariciada por blándo céfiro.

Berta ofrece notable contraste. Es muy rubia, de tez pálida, de regular estatura, y su rostro, indiferente al parecer, es frio en la

expresion; los ojos de tintas verdes, y la mirada dura y recelosa; nunca se descubre en ella la sinceridad, ni la dulzura, que brillan en los ojos de Enriqueta y de Matilde.

Su boca tiene ya marcado el sello pronunciadísimo del desden y la ironía; sonrie casi siempre con despreciativo gesto, y su cabeza erguida la mueve con altivez, cual reina despótica, acostumbrada á mirar todo inferior á ella, desde las alturas del trono.

Tales son á grandes rasgos, las cualidades físicas de las tres jóvenes, entregadas á sus labores cuotidianas en el salon de estudio de su propia casa.

Matilde viste como Enriqueta; solo Berta difiere en su tocado: lleva elegante vestido, color rosa, adornado de finos encajes blancos.

El diálogo que vamos á oir, nos pondrá al corriente de las cualidades morales de nuestras tres niñas, revelándonos á la vez sus condiciones de carácter, y el puesto que ocupan respectivamente en aquella morada.

—¿Qué dirá nuestra institutriz—exclama Matilde— cuando vea mi labor tan atra-

sada? Dios mio! Y he de concluir pronto el bordado de esta bata; es para obsequiar á mamá en el aniversario de su natalicio. ¡Qué contenta quedará con mi regalo! Me ama tanto.....!

—¡Feliz tú, que tienes madre y que puedes consagrarle todas tus caricias y todas tus ternuras!—murmuró Enriqueta, elevando su mirada entristecida al cielo, que resplandecía tras el balcon del aposento.

Matilde, abandonando sus labores, corre á abrazar á su amiga, vertiendo ámbas lágrimas silenciosas, inequívoco signo de sentimientos afines.

—Al oirte hablar así, Enriqueta—dijo Berta—¿Quién no pensará que aquí se te maltrata?

—Oh! nó, nó!—repuso la jóven, enjugando su doliente llanto, y desprendiéndose suavemente de los brazos de Matilde.—Ingrata sería si me quejára de vosotras. Doña Marcela, vuestra bondadosa madre, me ama y me dispensa todo género de cuidados y consideraciones.....

— Y sin embargo,—interrumpió Berta en tono seco—eres desagradecida: no sabes valorar todo cuanto te rodea, y siempre se sorprenden lágrimas egoístas en tus ojos.

—Hermana!—exclamó Matilde reprochando la dureza de las palabras de Berta.

—Dios mio!—murmuró Enriqueta, acongojada y entre sollozos.—Considerad mi situacion! Me trajo mi padre á esta casa cuando yo solo contaba dos años escasos. Vuestra madre me acojió en calidad de hija adoptiva, consagrándome los mismos desvelos y solicitudes con que trata á vosotras. Debía mirarla siempre como á mi propia madre, ya que, segun se me dijo después, había tenido yo la desgracia de perder á la autora de mis dias....! ¡Ay!

Y Enriqueta se detuvo un instante hondamente contristada, y luego prosiguió:

—Ya lo sabeis vosotras: desde entónces estoy al amparo de doña Marcela. Mi padre, en estos dieciseis años, solo le he visto cinco veces...! Viaja siempre, y no tengo ni el consuelo del paternal afecto, porque siempre

me ha demostrado frialdad, despego... Parece que mi presencia le causára desagrado. Y sin embargo, yo trato de ser cariñosa para con él.... aun cuando su aspecto me intimide hasta rehuir su presencia.

—Bah! —exclamó Berta—tu padre, no hay duda, es poco simpático. Tiene ordinariamente la cara adusta, la mirada inquieta, dura, y cuando habla, parece que está enojado con todo el mundo. Pero si en tu padre hallas mal talante, no puedes quejarte de ninguno de cuantos te rodean. Verdaderamente eres afortunada en medio de tu orfandad. Sin ir más lejos, ahí tienes á Margarita, nuestra institutriz. Desde que éramos pequeñuelas y jugábamos en el jardin, ella te consagra todos sus cuidados más afectuosos. Le caiste en gracia. Si por acaso te hacías daño, ella corría afanosa á enjugar tus lágrimas, y entre besos y caricias, te brindaba las golosinas que para tí llevaba en sus bolsillos. En fin, Margarita siempre te ha querido preferentemente á nosotras.

—Oh! No digas eso, Berta—repuso la

bondadosa Matilde.—Nuestra institutriz nos quiere á todas del mismo modo. Si prodiga á Enriqueta más caricias que á nosotras, no debemos quejarnos, hermana mia; porque Enriqueta no tiene madre, y, en cambio, nosotras gozamos de ese supremo bien.

Enriqueta estrechó las manos de Matilde con efusivas muestras de cariño, mientras Berta murmuró:

—De todos modos, Margarita está insoportable á veces. Debiera tener atenciones para con nosotras y no las tiene, sin embargo; hasta sus ahorros los destina á obsequiar á Enriqueta. El otro dia, ¿no viste el precioso cuello de encajes que trajo para ella? Pues, ¿y cuando Enriqueta está enferma? La última vez que lo estuvo, nuestra institutriz pasó junto á su lecho diez noches consecutivas, sin dormir ni descansar, velándola siempre sin exhalar la más mínima queja!

—Oh! qué buena es Margarita! Dios se lo pague!—exclamó Enriqueta enternecida —Pero tus quejas, querida Berta, no tienen

razon de ser: tú no sabes, amiga mia, cuán triste y desconsolador es no tener madre! La madre es nuestra mejor amiga, la confidente única de nuestras propias penas y alegrías; ella vela nuestro sueño, nos arropa en el lecho para que no sintamos frio, nos besa siempre con el alma en los labios; se desvive por nuestro bienestar; la dolencia más insignificante que nos aqueja, es suficiente motivo de sobresaltos mortales para ella; por nosotros renuncia al mundo y sus placeres; para ella no existen los espectáculos, los paseos, los bailes; las seducciones todas de la tierra están resumidas en la hija de sus entrañas; su vida es el reflejo de su propia vida; si la hija llora y sufre, la madre agoniza; y si por el contrario rie y se mira dichosa, ninguna felicidad iguala á la felicidad de la madre!... Ay! yo no conocí la mia! Pero he soñado con todas esas dulces inquietudes del corazon y todas esas ternuras íntimas del alma!

—Sí, tienes mucha razon, querida Enriqueta—exclamó Matilde, estrechando cariñosamente las manos de su amiga y besán-

dola en las mejillas—Oh!.... yo quisiera con mi cariño acallar en algo esa sed devoradora de afectos íntimos, que despiertan en tu alma infinitos anhelos desconocidos!

—¡Gracias, Matilde! Gracias te da mi corazon por tus consuelos bienhechores....!

Berta escuchaba este diálogo con visibles muestras de enojo, y no pudiendo soportar por más tiempo aquella escena afectuosa, se levantó, abandonando sus labores, y huyó del aposento.

Berta contaba un año más que Matilde y Enriqueta. Desde muy niña había dejado vislumbrar malos sentimientos, á pesar de su carácter disimulado y difícil de alterar, que encubría el fondo dañoso de su alma.

Nunca la alegría agena pudo asociarse á su propia alegría: aquélla causábale daño; las virtudes, los méritos de los séres que la rodeaban, despertaban en su pecho olas tempestuosas de envidia; sufría al ver gozar, y con mañosas artes trataba de destruir aquellos goces valiéndose de añagazas, de secretas argucias, realizando á veces su propósito

tras contínuos afanes que le ahuyentaban el sosiego.

Extraña criatura! Diríase que aborrecía á todo el humano linaje.

Vivía aislada; las amigas rehuían su presencia, temerosas de sus malévolas maquinaciones. En ella solo hallaban disentimiento en todo y ágrias censuras. Si le mostraban un adorno, ó un bordado cualquiera, al momento encontraba Berta palabras de burlas hirientes, sarcástico elogio, ó mal disimulado despecho, por aquello que, por lo mismo de ser hermoso, merecía su repulsion.

Tanto doña Marcela, como la jóven institutriz, habían tratado de desterrar aquella simiente perniciosa, que labraba inevitablemente la desventura de la niña. Pero, á medida que pasaba el tiempo, el mal iba creciendo de una manera asaz visible.

Doña Marcela misma fué injusta para con Margarita; porque Berta pudo engañarla lo bastante para que diera asenso á sus mentiras en daño de la educacionista, á quien aborrecía con todo el torrente de su voluntad,

en razon de los favores que ésta dispensaba á Enriqueta.

Pero el desagrado de doña Marcela no fué por entónces más adelante; conocía sobradamente el carácter respectivo de sus hijas, y sabía de memoria que Berta se encaminaba por sendero extraviado. Es por esto, que bien pronto depuso su enojo; pero no sin que antes sufriera la pobre Margarita los efectos de la malevolencia de Berta.

Veamos ahora, para mayor conocimiento de nuestras lectoras, quien era Margarita, la buena institutriz de las hijas de doña Marcela, y cuáles eran los antecedentes de esta señora, que adoptára por hija á la angelical cuanto infortunada Enriqueta.

II.

DOÑA MARCELA Y MARGARITA.

Doña Marcela era viuda. Su marido, capitan retirado, había muerto de resultas de una herida mal curada, cuando Berta contaba apenas dos años, y uno Matilde.

A la muerte de su marido, doña Marcela, sin más patrimonio que la modesta pension que el Gobierno le asignara por su viudedad, se retiró á vivir con sus hijas á uno de los pueblecitos limítrofes á Madrid.

En estas circunstancias fué que don José Montero, padre de Enriqueta, la llevó á poder de doña Marcela, diciéndola: que muerta la madre de la niña, y teniendo él que viajar constantemente, porque así lo requerían sus negocios, la suplicaba acojiese su hija bajo su amparo, para lo cual le señalaría modesta

mensualidad para sufragar los gastos que Enriqueta ocasionara.

Doña Marcela conocía de tiempo atrás á don José, pero hacía algunos años que no le veía é ignoraba que se hubiera casado. Nunca le habia sido simpático. El carácter adusto, levantisco, su aire receloso, ademanes y palabras siempre violentas, habían conseguido que la buena señora, lejos de intimar con don José, tratáse de evitar su contacto.

Pero la presencia de la desdicha de la niña, tan encantadora como repulsivo era el padre, decidió á doña Marcela á aceptar la espinosa mision que se le confiaba.

Poco tiempo llevaba doña Marcela de vivir en el pueblecito que había elegido para su retiro, cuando un acontecimiento inesperado vino á cambiar por completo la faz de aquella existencia sedentaria, monótona.

Una mañana recibió doña Marcela un pliego urgente del cónsul mejicano en Madrid, en el que le notificó que acababa de ser instituida heredera universal de un tio, muerto en América.

La fortuna legada ascendía á quinientos mil duros.

En seguida doña Marcela emprendió viaje hácia Madrid, en compañía de las niñas. Y una vez poseedora de la ingente suma que la magnanimidad del tio le había legado, se instaló en el segundo piso de una casa en la calle de Alcalá, pudiendo desde entónces vivir con sobradas comodidades, para lo cual eran bastante los siete ú ocho duros por ciento que le redituaba el capital, puesto á interés en establecimientos de crédito del Estado.

Doña Marcela decoró y amuebló su vivienda con las exigencias del buen gusto; dispuso para las niñas alegres y confortables aposentos; adornó con elegancia un saloncito para recibir los amigos, sin olvidar un cuarto para el estudio, dotado de los mejores libros, ya antiguos, ya modernos.

Aun podía doña Marcela aspirar á nuevas nupcias, pues solo contaba treinta y siete años y era bien parecida y de porte muy distinguido. Pero había amado á su difunto

esposo con toda la expansion de su alma jóven, y fiel á las leyes del recuerdo y de la gratitud, propúsose consagrar su vida entera al cuidado de sus hijas, en quienes había refundido todos sus afectos y desvelos.

No había trascurrido mucho tiempo en su nueva instalacion, cuando Margarita Agramonte solicitó de doña Marcela ser admitida en su casa en calidad de institutriz.

A la sazon Margarita contaría veinte años á lo sumo. Era casi una niña, y muy hermosa; pero su hermosura veíase velada por profunda tristeza. Su tez pálida había adquirido el tinte del marfil; sus cabellos eran muy negros, y sus ojos pardos, guarnecidos de luengas pestañas, tenían impresa la huella del sufrimiento no revelado, y cuando sonreía, su rostro tomaba la expresion característica de la pena por largo tiempo comprimida en el pecho.

Su estatura era mediana, y su persona toda estaba resvestida de bondad, de mansedumbre, tan angelical, que interesaba en

su favor desde el primer momento en que se la veía.

Vestía siempre de negro, y aunque trataba de fingir animacion, afectando alegría, vislumbrábase tras ese esfuerzo del espíritu y esa dolorosa ficcion toda una existencia de lágrimas y de angustias ignoradas.

Doña Marcela simpatizó desde luego con la juventud de Margarita. Y cuando ésta le dijo que era viuda, y que había tenido la inmensa desgracia de perder á su única hijita, y que, lejos de su pueblo natal, se veía sola y sin afecciones de ningun género, doña Marcela quedó sumamente admirada de que á tan poca edad discurriera por ésos mundos aquella pobre jóven, habiendo sido ya esposa y madre, y hoy peregrinaba, como el ave errante, en busca de asilo protector.

La buena señora no vaciló en decirle:

—Quédese V. conmigo, hija mia! Aunque es V. muy jóven para desempeñar la espinosa mision de institutriz, yo la acepto como tal para con mis hijas, porque aparte de sus aptitudes, que no discuto, me afecta su des-

gracia y me conmueve el abandono en que la deja la adversa suerte. Yo tambien soy viuda. Tengo dos niñas pequeñas, y otra de la misma edad, que he adoptado como hija, á ruegos de su propio padre. Será V. la maestra de mis hijas, y en mí tendrá V. una amiga, una confidente á quien contar sus pesadumbres y sus alegrías.

—Gracias, señora! —balbuceó Margarita con trasportes de regocijo. Y la pobre jóven elevó al cielo una mirada llena de gratitud, preñada de lágrimas, mientras que un rayo de júbilo iluminó su semblante, trasformándole, como se trasforma el cielo de la noche oscura, en esplendoroso azul, radiante de luces á los primeros albores de la mañana.

Desde aquel instante, Margarita se posesionó de su puesto de institutriz.

Repartía sus cuidados entre las tres niñas; pero Enriqueta captábase todas sus caricias. Despues de la leccion y labores cuotidianas, las discípulas bajaban al jardin bajo la vigilancia inmediata de su maestra. Matilde y Berta se entregaban á sus juegos infantiles,

y era de ver cómo Enriqueta se pasaba horas enteras en brazos de Margarita, que la festejaba con sus mimos y agasajos.

—¿Verdad que me quieres mucho?—solía preguntarle la institutriz, miéntras jugaba con los sedosos cabellos de la niña.

—Oh! sí, mucho, muchísimo!—repuso Enriqueta, asida al cuello de Margarita.

Ésta la oprimía cariñosamente contra su pecho, y cuando nadie la observaba, vertía abundoso llanto, miéntras estampaba ardientes besos en la frente pura de Enriqueta.

—¿Por qué lloras?—le preguntaba entónces la niña, con el semblante entristecido y tratando de enjugar con sus manecitas el llanto que deslizábase por las mejillas de Margarita.

—Ah!... lloro... por que te quiero mucho!—murmuraba—¿Y tú me querrás siempre?

—Sí, toda mi vida! No llores más, que yo te querré como si fueras mi madrecita.

Margarita se estremecía, y con mirada

recelosa en torno suyo, estrechaba más y más contra su seno á Enriqueta, exclamando:

—¡Criatura celestial!... ¡Bendito sea Dios que me permite esta dulce, inefable dicha!

La presencia de Matilde y Berta cortó este diálogo interesante, y la institutríz, reponiéndose de su emocion, envió á jugar á Enriqueta, quien, aprovechando el permiso, fuése como una exhalacion; pero sin tardar en volver, trayendo á su jóven maestra las más vistosas flores que adornaban el jardin.

Así, uniformes, se deslizaban los dias, unos tras otros, sin alteracion ni acontecimientos.

Margarita trasmitía á sus educandas todos los conocimientos que poseía, los cuales, aunque no eran muchos, bastaban, sin embargo, para preparar lucidamente á las niñas.

Margarita, hija única de honrados comerciantes, había sido el encanto del hogar

paterno. Sus padres se habían afanado por proporcionar á la jóven una educacion esmerada, y aparte de los primores de la aguja, para los cuales Margarita tenía dedos de hada, había adquirido sólidos conocimientos entre los que sobresalía su amor por la historia universal y por las bellas artes.

Pintaba con aprovechamiento, y conocía la música á la perfeccion.

Estas condiciones recomendables la colocaban en aptitud de poder educar á las hijas de doña Marcela, de perfecto acuerdo con los deseos por ésta manifestados.

Doña Marcela no quería que sus hijas supieran más. Bastábales á su juicio lo que Margarita pudiera enseñarles. Tendrían conocimientos elementales, pero útiles; sabrian gobernar su casa cuando se casáran; no serían bachilleras, pero tampoco ignorantes.

No serían vulgares, porque educados sus gustos, y bien dirijidos sus sentimientos y tendencias, llegarían á poseer el arte más

difícil de la vida: el de hacer grata la existencia para todos sacrificando los propios gustos. Esto es: hacerse querer por medio de las bondades y de la indulgencia para con los demás.

Pero estas esperanzas y estos anhelos de doña Marcela, si bien se vieron cumplidos en Matilde, no sucedió lo propio respecto de Berta, que, á medida que iba creciendo en edad, resaltaban más y más sus malos instintos.

La influencia malévola del carácter de la niña, iba poco á poco sembrando la semilla de la discordia, allí donde antes todo había sido paz y tranquilo bienestar.

El cariño preferente de Margarita por Enriqueta fué motivo de constantes rencillas y desavenencias.

Doña Marcela, aunque bondadosa en el fondo, no podía permanecer sorda, como madre que era, á las quejas contínuas de Berta, á pesar de conocer el carácter envidioso de su hija.

—Mamá!— exclamaba Berta, toda llo-

rosa — Caimos jugando en el jardin, Enriqueta y yo; la institutriz solo acudió en socorro de Enriqueta... como siempre!

— Pero, mamá, — repuso Matilde — ¿habría podido Margarita acudir en auxilio de ambas á la vez?

— Oh! no la defiendas! — gritaba Berta con rábia — Al ver caer á Enriqueta, Margarita dió un grito, y pálida, temblorosa, corrió á ella, levantándola en brazos y preguntándola con afan si se había hecho daño, y si...

— Bah! — exclamó Matilde riendo — Cuando tanto te fijaste en lo que hacía Margarita, no estarías tú muy maltratada por la caida! Y Enriqueta lloraba...

— Yo tambien...

— Tú no...

— Ea! Basta, basta! — interrumpió doña Marcela imponiéndoles silencio.

Más tarde, mal preparado ya el ánimo de doña Marcela, decía á la jóven maestra:

— Margarita! Le ruego tenga más consideraciones para con mis hijas!

—Señora!—balbuceó la pobre mujer, conteniendo las lágrimas, que, á reproche tan injusto, pugnaban por saltar de sus ojos.

—Se quejan las niñas de que no teneis para con ellas deferencias. Bien comprendereis que si tal cosa sucede, mi desagrado será profundo. Tratad de no ser injusta para con mis hijas.

Doña Marcela se alejó de Margarita, dejándola hondamente afligida.

—Berta! Berta!—murmuró siguiendo con la mirada á Doña Marcela—Cuánto me haces sufrir! Si tú conocieras los secretos de mi pecho ¡ay! quizá te movieran á compasion!

Matilde! bella niña ¡cuán diferente eres de tu hermana! Mis caricias, mis afanes por Enriqueta, lejos de despertar en tu pecho el sentimiento mortificante de la envidia, te hacen sonreir, como sonrien los ángeles en el cielo!

III.

DOS ALMAS QUE SE COMPRENDEN.

En el piso bajo de la casa que ocupaba Doña Marcela, cuando fué á instalarse, había hecho preparar un hermoso jardin, plantado de árboles frondosos, que proyectaban deliciosa sombra, con sus respectivas calles, glorietas y cenadores.

Preciosas plantas ostentaban ramilletes de caprichosas y odoríferas flores, formando el más gracioso de los contrastes.

Junto á la magestuosa magnolia, la arrogante rosa, la dalia encarnada, la blanca camelia, lucía sus matices la violeta pudorosa, la fresca margarita, los olorosos jazmines, la madre-selva, la nevada azucena y el modesto alelí.

Aquel conjunto de naturales bellezas, acariciadas por ambiente embriagador, unido á la quietud del paraje, atraian á Margarita, que ansiaba la soledad para consuelo de sus dolores secretos.

¿Qué pena laceraba el corazon de aquella mujer, dechado de virtudes y de bondades?

¿Cuál era la causa del íntimo dolor que minaba su existencia, haciéndole verter abundoso y contínuo llanto?

Un misterio!

Su lábio jamás exhaló una queja. Huia de las gentes para entregarse al llanto, aparentando ante todos una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Solo cuando Enriqueta estaba á su lado, no trataba Margarita de ocultar sus lágrimas. Y cuando aquélla le interrogaba por la causa de su dolor, la pobre mujer, elevando al cielo sus ojos suplicantes, murmuraba al oido de la niña:

—Enriqueta mia...! No intentes saber el secreto motivo de mi quebranto... Lo

único que puedo revelarte... es que estoy predestinada á llorar eternamente!

—Oh! Margarita! compartid conmigo vuestras penas. ¿No decís que me amais?

—Ah!... Más que á mi vida...!

—No dudais de mi cariño?

—Creo en vos como en mí misma!

—Gracias! Pero... Dios mio! ¿qué teneis? Esa agitacion...! ¿Por qué me estrechais así contra vuestro pecho...? ¡Cómo late vuestro corazon!... Margarita!... Margarita!... Serenaos, que me haceis sufrir con vuestro dolor!

—¡Pobre niña...! perdonadme!... No os aparteis de mí... ¡Ay! tiemblo...! Si él supiera!...

—Qué decis? De quién hablais, Margarita?

—De nadie, hija mia! Estoy loca...! No sé lo que me digo...! Dejadme...! Dejadme sola...! Mas nó; no os alejeis, que vuestra presencia es el único consuelo á mis penas... ¡Ay!

Y Margarita abrazaba á Enriqueta, apar-

tándose luego de ella para contemplarla arrobada.

Enriqueta le sonreia, enjugaba sus lágrimas, alisaba sus cabellos, y luego, apoyando su cabeza en el pecho de Margarita, murmuraba dulcemente:

—Dejadme hacer: quiero reposar mi frente en vuestro seno. ¡Qué bien me siento así! Ah! No sabeis Margarita cuántas gracias doy á Dios por el bien que me depara en vuestro cariño! Hay un algo secreto, un impulso poderoso, que me arrastra hácia vos; os amo, os respeto, sí, os quiero con todo el ahinco de mi alma...! No negueis nunca vuestro afecto á esta pobre huérfana!

Margarita, sollozando, cogía entre sus manos la cabeza graciosa de Enriqueta, cubriéndola de besos. Y así, una en los brazos de la otra, uniendo sus latidos y sus lágrimas, confundían sus penas, enlazando más y más el afecto de sus almas.

En las horas largas de la noche, cuando Enriqueta, por cualquier motivo, no podía estar junto á Margarita, ésta se refugiaba

en lo mas sombrío del jardin para estar con sus dolores á solas.

La luna se alzaba majestuosa en el firmamento, y á través de las ramas de los árboles, enviaba sus melancólicos reflejos, bordando de penumbra y de pálida luz las silenciosas calles del jardin.

La leve brisa movía suavemente el follaje oscuro, y del seno de las flores adormecidas brotaban raudales de ondas perfumadas, que saturaban la atmósfera.

Nada turbaba el silencio, á no ser el arrullo, que, de vez en cuando, dejábase oir, de las avecillas que anidaban en el ramaje sombrío, confundiendo la nota rítmica de sus amores con las armonías misteriosas de la noche.

En medio de esa calma relativa, los acordes de un piano vagaban por el jardin. Y la brisa, conductora de aquella música dulcísima, despertó á las flores, que mecidas blandamente, exhalaron todas sus esencias.

Margarita aspiró con delicia aquella aroma, y arrullada por aquellas melodías que

iban debilitándose poco á poco, oprimióse el pecho con ámbas manos, murmurando:

—Dios mio! Cuánta belleza escondida tras el misterio de la noche....! Ay! tambien tiene encantos el dolor que guarda el alma en su santuario! Sí, arrobamientos amargos, anhelos ignorados, que constituyen toda una existencia de sacrificios!....

¡Cuán hermoso es sufrir por *ella*.....! Dios mio! Dios mio! Dadme valor hasta el fin! Que, á costa de mi vida, pueda yo apartar de su cabeza inocente los peligros que la amenazan!

Margarita guardó silencio, y entregada á sus cavilosidades, pasaron horas tras horas. Las luces que brillaban en el balcon de la casa habían ido extinguiéndose poco á poco. Bien pronto cesaron todos los rumores, y la quietud reinó por doquier.

Margarita abandonó su refugio, y lentamente se dirijió á su habitacion.

Cuando las niñas eran pequeñas, doña Marcela puso á la institutriz al lado de ellas, para que estuviesen mejor cuidadas. Hoy, á

pesar de que por su edad no necesitaban de esta tutela, las jóvenes, por cariñosa gratitud hácia Margarita, quisieron que ésta permaneciese allí indefinidamentc.

Berta y Enriqueta yacían en profundo sueño. Matilde velaba en su lecho, sin que el cansancio aún la rindiera. Las jóvenes dormían en un mismo aposento, por disposicion de doña Marcela. La institutriz tenía el suyo contiguo al de aquellas.

Los tres lechos, vestidos de blanco con flotantes colgaduras, se destacaban sobre el fondo oscuro del entapizado, como tres palomas con sus alas desplegadas, cobijando sus tiernas avecillas.

Por las maderas entreabiertas del balcon que caía al jardin, penetraba un rayo de luna, que iba á posarse sobre la cama de Matilde, simulando la forma de una cinta de plata, tendida sobre nevado lecho de jazmines.

De improviso, la habitacion se iluminó débilmente, y Margarita, cubierta con un pei-

nador blanco, avanzó, llevando en la diestra una lamparilla.

Caminaba cautelosamente, aunque era inútil esta precaucion, pues la mullida alfombra que cubría el pavimento, sofocaba el rumor de sus pisadas.

La institutriz se detuvo, temerosa, en medio de la habitacion; pero luego prosiguió hasta el lecho de Enriqueta; se inclinó sobre ella, y parecía escuchar. Contempló por breves instantes á la jóven dormida, y, en seguida, con iguales precauciones, se dispuso á salir del aposento.

—Margarita . . . . — llamó en voz baja Matilde.

Margarita se estremeció, deteniéndose sorprendida.

Matilde volvió á articular su nombre, é incorporándose en el lecho, hízole señas de que se le acercara.

La institutriz ocultó la lamparilla tras un mueble, para que la luz no molestase, y aproximándose á Matilde, murmuró:

—Vine porque creí oir un quejido.... y me pareció de Enriqueta.....

—No....! Amiga mía, fuí yo....

—Vos! ¿Qué teneis mi querida niña? ¡Decid!

—Nada, si se quiere; un lijero malestar de cabeza; pero ya casi no lo siento; sentaos á mi lado. ¿Quereis que hablemos? Estoy desvelada. Si no os molesto, me acompañareis un rato.

—Molestarme! Oh, no! Bien sabeis cuánto placer experimento en seros útil.

—Siempre lo sois, mi buena Margarita. Vuestra presencia nos es tan necesaria, por lo mismo que sois tan bondadosa y tan complaciente!

—Oh! No dice lo mismo vuestra hermana Berta....

—Berta! Dispensadla. Es más bien desgraciada que culpable.

—Ya lo sé! ¡Pobre niña! Pero temo que vuestra mamá dé completo crédito á lo que ella diga... y...

—No temais: mamá la conoce perfectamente.

—Sí, pero ya sabeis que doña Marcela me ha amonestado, más de una vez, desagradada por los díceres de Berta.

—Dispensadla á mamá tambien! Y tened vos paciencia, mi querida Margarita! No sabeis cuánto me apena veros sufrir. Continuamente hablamos de vos con Enriqueta, y entre las dos no sabemos de qué medio valernos para borrar de vuestra alma los sufrimientos que os martirizan . . . .

—Con vuestro amor!—interrumpió Margarita hondamente conmovida, é inclinándose para besar la frente de Matilde—Bástame el afecto vuestro y el de Enriqueta para suavizar mis males, ya que es imposible combatirlos. Ah!

—Y ahora que hablamos de Enriqueta, voy á deciros una cosa, que sin duda despertará vuestro interes.

—Decid!—exclamó Margarita con visible inquietud.

—Pues sí. Habeis de saber que hay un

jóven que parece estar enamorado de nuestra Enriqueta....

—Un jóven!—repitió Margarita estremeciéndose.

—Sí, y lo más gracioso del caso, es que ella parece ignorarlo.

—Ah! ya lo pensaba yo así.

—¿Por qué?

—Porque Enriqueta nada me oculta. Tiene un alma de angel, y su corazon es para mí un libro abierto en el que puedo leer hasta el pensamiento mas recóndito. Y nada me ha hecho entrever que su pecho se halle agitado por nuevas y desconocidas sensaciones.

—Pues ya os lo dirá en cuanto se aperciba, y esto no tardará; pues ayer he visto á ese jóven delante de los balcones de casa, con un ramito de flores en la mano. No hay duda de que busca la ocasion de poderlo hacer llegar á Enriqueta.

—Dios mio! Esta revelacion me llena de sobresaltos! ¿Quién será ese pretendiente?

¿Amará á Enriqueta? ¿Será digno de su amor? Ah!....

—No os aflijais! Velaremos por ella. Dios nos ayudará en esta mision, ya que al destino plugo privar á la pobre niña de los halagos maternales, careciendo hasta del afecto del hombre que se llama su padre... ¡Que alcance al ménos la suerte de hallar un esposo que compense todas sus desventuras!

—Matilde...! Bendita seas! — murmuró Margarita, estrechando con ardor las manos de la jóven.

—Escuchad: — prosiguió esta con sencillez — Nada he querido decir á Enriqueta, pensando consultaros antes á vos, que tanto cariño é interes os despierta nuestra querida hermana adoptiva. Noté la persecucion de ese jóven hace cinco dias, al salir del templo el próximo domingo pasado. Por su aspecto, el desconocido se hace simpático; tiene gallarda presencia; es rubio, no muy acentuado; la fisonomía es noble, llena de distincion; viste modesta y elegantemente.

Pero...ah! Ahora recuerdo que ayer por la tarde le ví pasar con una mujer...

—Con una mujer?—interrumpió Margarita, aproximándose mas á Matilde, para no perder ni una sola de sus palabras.

—Sí; con una mujer, de aspecto venerable, de cabellos blancos y de rostro atrayente. El conducíala del brazo, y le hablaba con marcadas muestras de cariño. Casi no cabe duda de que aquella señora sea su propia madre; hasta pienso que hay parecido entre su rostro, ya marchito por la edad, y el de su apuesto acompañante, lleno de frescura y de juventud.

Aunque este diálogo producíase en voz baja, el cuchicheo despertó á Berta.

—¿Qué sucede?—preguntó esta con malhumorado acento—¡Vaya una hora de charlar! ¿A qué habeis venido, Margarita?

—Oyó que me quejaba—se apresuró á contestar Matilde—y ha venido á ver si necesitaba de sus cuidados.

—Ya! No me han de dejar dormir en paz!... ¿Y qué tienes? Alguna tontera.

—Me dolía la cabeza, pero se me va pasando ya el malestar.

Berta se arrebujó en su lecho, y, murmurando sigilosamente, guardó luego silencio.

La conversacion era ya de todo punto imposible.

Margarita arropó con solicitud cariñosa á Matilde, y depositando un beso en su frente, le recomendó que descansára. La jóven siguió con mirada afectuosa á la institutriz, miéntras ésta, cojiendo de nuevo su lamparilla, abandonó el aposento, no sin antes dirijir sus ojos, con amorosa expresion, hácia el lecho de Enriqueta, la que dormia apaciblemente, agena á la dicha de que por su frente había rozado sus purísimas alas el ángel de su guarda.

IV.

ALBERTO.

En la misma calle de Alcalá, á poca distancia de la morada de doña Marcela, en el tercer piso de una modesta casa, vivía doña Ana de Soldevilla, con su hijo Alberto, jóven de 24 años de edad.

Doña Ana, hija de un coronel, que había servido en la Guardia Civil—honrosa institucion, creada en 1844 por la eficiente iniciativa del General Narvaez—había quedado huérfana de padre á los veinte años. Perdió la autora de sus dias cuando aún reposaba en la cuna de su infancia. Y por estas razones dolorosas, viéndose sola al espirar su padre, acojióse al amparo de una tia, que la recibió en su casa con los brazos abiertos; porque ella iba á ser el rayo

benéfico de luz que reanimára su hasta entónces lóbrega y solitaria vivienda.

Poco tardó Ana en casarse. Era hermosa, buena, y modelo de virtudes. Sus cualidades morales cautivaron á un jóven, pintor de mérito, y el matrimonio se realizó con gran satisfaccion de la tia, que adoraba á la bella Anita, como si fuese su propia hija.

Pasaron muchos años sin que los jóvenes esposos vislumbráran la realidad de la esperanza de ser padres. Eran felices, se amaban en extremo; pero un hijo habría sido para ellos el colmo de la humana dicha, y ansiosos de que brotára esta codiciada flor en el pensil de sus amores, no echaban de ver que el tiempo iba imprimiendo en sus cabezas la huella indeleble de los años.

Cuando ménos lo esperaban, doña Ana comunicó á su esposo que el ensueño de tanto tiempo se encaminaba á su realidad. Bosquejar la alegría de aquellos dos séres tan íntimamente unidos, es más que difícil: imposible.

Alberto vino al mundo en medio de him-

nos de alabanzas al Eterno. Aquel niño—pensaban sus buenos padres—sería su sosten en el ocaso de su vida, la sonrisa de sus últimos dias, el complemento, en fin, de una felicidad sin sombras.

Pero quiso el cielo, cuando Alberto contaba ya tres años, llevarse para siempre al padre y esposo modelo.

Este rudo embate sumergió á doña Ana en un dolor sin nombre, mudo é infinito. Con la separacion eterna del amante compañero de su vida, para aquella pobre mujer, la existencia perdió todos sus atractivos, sus matices, sus alegrías todas.

Desde aquel instante fatal, doña Ana lo vió todo de colores tétricos y sombríos. Para ella, la naturaleza entera vestía de luto, y con el último acento de su esposo idolatrado, habíanse extinguido todas las armonías de la tierra.

Pero..... ¡Qué fuera del alma desolada, si la bondad inagotable del Sér Supremo no descendiese hasta ella, convertida en bálsamo consolador!

Tornó sus dolientes ojos hácia el pequeñuelo Alberto, y en su cándida sonrisa, en su mirada inocente, la pobre mujer vió reflejados todos los lenitivos de su amargura. La nobleza del padre, aquella dignidad, aquella expresion imborrable de afectos grandes y elevados, hallábanse trasmitidos en la frente pura del hijo.

Doña Ana volvió á la vida. Pero si bien pronto halló dulces consuelos para su alma en el amor de su hijo, no pudo desterrar nunca de su pecho la intensa melancolía que le acompañó hasta el sepulcro, como recuerdo imperecedero de su esposo ejemplar.

Consagrada dia y noche al hijo de sus entrañas, vióle crecer, lleno de virtudes y de méritos.

Como su padre, dedicóse Alberto á la pintura, y halló fuentes de verdadera inspiracion, por lo que su nombre comenzó á ser repetido, y sus trabajos buscados con empeño. Existian, en fin, sobrados motivos para creer que, andando el tiempo, fuese todo un pintor de raza.

Los triunfos del hijo, reflejábanse en la frente de su santa madre, cual inmortales destellos de gloria.

Estos dos séres, tan íntimamente vinculados, trasmitian á la habitacion en que moraban, toda la poesía y toda la belleza de sus almas puras y candorosas.

El cuarto del jóven pintor era grande, cuadrado; tenía una ventana que daba al medio dia. Frente á aquélla había una puerta, que comunicaba con las piezas interiores, y al otro extremo veíase otra, que daba paso al terrado.

Las paredes estaban decoradas con magníficos cuadros; entre estos algunos eran pinturas de Alberto; otros eran obras del ingenio de artistas de fama, que servíanle de modelos.

En un ángulo de la habitacion, habia un armario lleno de libros; en el centro una mesa, cubierta con un tapete verde, y encima se veían desparramados y en gracioso desórden, papeles, libros, dibujos, lápices, etc., etc.

Junto á la ventana, colocábase el caballete donde Alberto trabajaba; próximo á éste, una pequeña mesa, conteniendo un vaso con flores, y algunos pinceles diseminados. Más allá un divan de dibujos y colores vivos, y después, sin órden ni concierto, la sillería aquí y acullá desparramada, y casi todos los asientos ocupados por dibujos diferentes, diseños y mil otros útiles, que atestiguaban la existencia de un artísta, entregado á la labor asídua, y con la imaginacion errante, como tornátil mariposa de mil variados matices, que revolotea por entre las flores.

Algunas macetas puestas en el alfeízar de la ventana, ostentan frescas y olorosas plantas, luciendo entre ellas el aromático sándalo, que, en algunas provincias de España, para la gente sencilla, es símbolo de constancia entre los enamorados.

La mano solícita de doña Ana, se adivinaba en todos aquellos minuciosos detalles, los cuales daban al reducido taller del jóven pintor, un aspecto de frescura y de vida seductora.

El sol derramaba todos sus fulgores por la entreabierta ventana, y una que otra ráfaga suave y tíbia penetraba á la habitacion, llegando hasta la mesa y agitando débilmente el tapete que la cubría, como asimismo los papeles que sobre ella veíanse esparcidos.

Doña Ana, sentada en un extremo del divan, tejía una labor; el ovillo habíase escapado de sus faldas, cayendo al pavimento; un gatito negro jugaba con el hilo, enredándole entre sus patitas, y devanándolo cada vez más y más, sin que su dueña echara de ver el trastorno que le ocasionaba.

En la puerta que daba paso al terrado, abierta de par en par, veíase pendiente de su centro una jaula chiquita, pintada de verde, en donde piaba y revoloteaba un precioso canario, que, de vez en cuando, llenaba la habitacion con sus gorgeos, ora suaves, ora agudos y penetrantes.

El gatito suspendía á veces su juego con el ovillo, para dirigir golosas miradas al tenorcillo alado, y más de una vez quedóse

suspenso contemplando al pajarillo, colocándose en actitud de acechanza, muy cómodamente sentado sobre sus patitas traseras.

Alberto trabajaba con ahinco sobre el lienzo del caballete, dando término á un cuadro que se le había encomendado. Éste representaba una casa de campo á las márgenes de un lago caudaloso; en éste veíanse blancos cisnes, proyectando graciosa armonía sobre el fondo azul de las aguas; entre el verde follaje percibíanse algunos paseantes, unos en abandono sobre el mullido césped, otros asidos del brazo, ó disponiéndose á penetrar en un botecillo, amarrado junto á la ribera.

El conjunto del cuadro que bosquejamos, así como todos sus más pequeños detalles, eran de un colorido y una frescura tan deliciosa que, al contemplarle, parecía aspirarse el perfumado ambiente de aquel paraje, percibiéndose hasta el cadencioso murmurio de las aguas, el lejano cantar de las aves, el susurro de la brisa por entre las hojas de los árboles y el cuchicheo de la sabrosa plática

de las enamoradas parejas, que discurrían de aquí para allá.

Era Alberto de figura esbelta, arrogante; sus modales y el conjunto todo de su persona, estaban llenos de gallardía y distincion. La frente alta y revestida de nobleza; la cabeza naturalmente artística; los cabellos de hermoso color castaño claro; sus ojos, casi negros; la boca fresca y sonriente, y sombreado el lábio superior por un fino bigote, que daba á su rostro, de rasgos verdaderamente varoniles, marcado sello de virilidad. La sonrisa era franca, ingénua, la mirada expresiva y dulce; y cuando hablaba, el timbre de su voz era sonoro y simpático.

Jamás sentimiento airado alguno inmutaba su frente noble y serena, ni cambiaba la inflexion acariciadora de su palabra. Porque era de carácter blando, indulgente para todos, sin dejar de ser enérgico en ocasiones dadas; dispuesto siempre á la bondad, porque había aprendido desde la cuna esta enseñanza de su buena madre: "Hijo mio! El mundo es una amalgama de bienes y de

males, que se precipita en forma de corriente vertiginosa, y ¡ay de tí! si pretendieras oponerte á ella! Tu vida será fácil y sonriente, si te inclinas á perdonar las injurias de ese mundo, sin proferir reproches. Adivina los dolores agenos, para derramar en los pechos lacerados el bálsamo que los mitigue. Halaga siempre los buenos instintos y los gustos de todos cuantos te rodeen, sin alentar jamás en tu pecho el pernicioso sentimiento de la envidia, el orgullo, la murmuracion y los arrebatos de la ira. No pretendas nunca ser el mentor de nadie; porque no hay nada que encone más á los espíritus rebeldes, dados á los desenfrenos del mal carácter, que recibir consejos que no se han pedido, aunque en ellos persigas el más santo de los objetivos. Tu propia bondad, tu tolerancia, tu indulgencia, á manos llenas, producirán más beneficios que cuantos consejos pudieras imaginar. Sí, hijo mio! La hiel que, en sentir de los demás, destila nuestra palabra, impide que alcancemos bien alguno sobre la tierra. Antes por el contrario,

agrandaríamos más y más los instintos malos, por la natural rebeldía que el hombre opone á todo lo que no sea halagar sus tendencias y aficiones naturales ó adquiridas.

Bondad, mucha bondad, Alberto mio; que la dura disciplina forma tan solo esclavos; y el esclavo, solo rencores anida en el alma. Deja que todos sean libres en sus gustos y aficiones. No mortifiques el amor propio de nadie, que el ejemplo de tus méritos fructificará como semilla buena desparramada al azar en campo fértil. "

Estos consejos, dictaminados por el amor materno, fueron echando hondas raíces en el corazon de Alberto, y constituyeron su carácter para el porvenir.

Cuando llegó á la edad de las pasiones tumultuosas, en que se revelan hasta los más recónditos sentimientos del alma, Alberto vióse rodeado de amigos, que, ufanos, buscaban su sociedad y su trato por escuchar su palabra ilustrada y persuasiva, ora viril, llena de fuego, ora tiernamente apasionada,

con todas las modulaciones suaves de la lógica y del cariño.

¡Bien merecidamente recogía doña Ana el fruto de sus vigilias y desvelos!

El plácido rostro de la anciana demostraba toda la ventura inefable que atesoraba su pecho.

Su frente noble, arrugada por la mano implacable del tiempo; sus nevados cabellos, coronando una cabeza aun erguida, á despecho de su avanzada edad; la tez marchita, pero acusando los rasgos de una belleza no extinguida todavía; su sonrisa, esa sonrisa peculiar de las madres, que lleva algo en sí de celestial, algo de divino, en su expresion insinuante, y que, en el movible giro de su boca, parece reflejarse todo un poema de amores, de martirios y de abnegados sufrimientos, que constituyen el sello característico de una existencia inmortal, la expresion genuina de las almas elegidas del Cielo.

Alberto, afanoso de su trabajo, no echaba de ver que doña Ana le observaba á cada instante. Suspendiendo su labor, la buena

madre fijaba sus ojos en su hijo, y un muy acentuado signo de inquietud pintábase en su semblante bondadoso.

Miéntras tanto, el gatito seguia su obra destruyente, y el canario continuaba poblando la estancia con los écos armónicos de sus gorgeos.

De vez en cuando, Alberto se levantaba de su asiento, y apartábase para observar á la distancia el efecto de perspectiva de su cuadro. Entónces decubríase toda la gallardía de su persona, á pesar de vestir con ropas inferiores, propias para su arte. Su traje de labor, lo componían un pantalon color pizarra, algo ajustado, una blusa de hilo más clara, pero del mismo color, y una graciosa gorra.

Doña Ana vestía siempre de negro, y en su traje, de un corte severo, pero elegante, no llevaba nunca el más ligero atavío. Unicamente adornaba el pecho, cerrando su cuerpo ajustado, un prendedor de oro, en cuyo centro veíase el retrato de su inolvidable esposo.

Doña Ana abandonó por fin su labor, y aproximándose á su hijo, que había vuelto á ocupar su asiento frente al caballete, rodeó con su brazo el cuello del artista, exclamando:

—Y bien, querido Alberto, ¿me dirás la causa de tu distraccion?

—Mi distraccion, madre mia....?

—Sí. Hace algunos dias que te sorprendo pensativo. Muchas veces, cuando de improviso te he dirigido la palabra, te has estremecido, hijo mio, cual si mi voz te hubiera arrancado de profundísima abstraccion. ¿En qué piensas, Alberto? ¿Por qué tan triste tórnase tu carácter, siempre igualmente expansivo? Habla! Cuéntaselo todo, absolutamente todo, á tu madre, que te ama entrañablemente.

—Madre de mi alma! ¿A tí, á tí, que eres la luz purísima de mis ojos, esquivarte las expansiones íntimas, las confidencias de mi pecho...? Nó, nó, y mil veces nó!—exclamó Alberto, abandonando sus pinceles.

Y conduciendo amorosamente á su madre

al diván, la suplicó que se sentara de nuevo, y sin desasirse de sus manos queridas, oprimiéndolas efusivamente contra su pecho, besándola en la frente, y sentándose junto á la autora de sus dias, exclamó:

—Madre mia!.... Si tú supieras cuán hermosa es *ella*, y cuánta bondad trasluce su mirada pura y serena!

—*Ella!*—respondió doña Ana, sonriéndose—Tú me hablas, hijo mio, como si yo estuviera ya al cabo de que hay una tercera persona en escena! Vamos! sé metódico en la exposicion de tus pensamientos.

—Oh! tú lo has adivinado; me lo dicen tu indulgente mirada y tu sonrisa de ángel. Ah! No me riñas, por Dios! que si nada te dije antes de ahora, fué... porque yo mismo ignoraba el nuevo sentimiento que habíase despertado en el santuario de mi alma....!

—¡Mi pobre Alberto!—murmuró la madre, atrayendo junto á sí al hijo querido—Amas ya! Bien! Ojalá el cielo te depare una mujer que sepa comprender todos los tesoros de tu bella alma de artista!

—Escúchame, madre mia! La ví en el templo. Sus lábios se movian modulando una oracion, y su mirada, rebosando candidez, fijábase en la Madre de los Cielos. De pronto, yo, que la contemplaba con amoroso ahinco, ví deslizarse de sus ojos dos lágrimas puras, cristalinas, qne rodaron silenciosas por sus mejillas, yendo á depositarse en su seno virginal! Ah!....

—Prosigue, hijo mio, prosigue: te escucho con profundo interés. Dí!

—Después... Madre mia!... Después.. ¡No sé qué decirte! Fué algo muy grande, extremadamente grande, lo que pasó por mi alma... Desde ese instante, no ví más que *ella;* la seguí, al abandonar el templo, y la ví, en union de las señoras que la acompañaban, penetrar en una casa de hermosa apariencia, poco distante de nuestra morada.... y....

—Pero esa *ella*.... ¿Ignora tu repentino amor?

—Por espacio de algunas semanas, que, irresistiblemente pasaba muchas veces al dia

por bajo sus balcones, sin darme cuenta clara de lo que hacía, no alcancé la dicha de verla; pero, hace pocos dias, mi alma, más que mis ojos, la adivinó tras los cristales del balcon. Estaba sola, al parecer. Mi corazon palpitaba con fuerza. Quedéme indeciso; no sabía qué hacer. Por último, cobré ánimo, y adelantándome hasta colocarme muy cerca de su casa, la saludé respetuoso, y, depositando un beso en las flores que tú me dieras esa mañana, se las arrojé al balcon.

Un subido carmín asomó á su rostro de ángel, y, ruborosa, dió un paso hácia atrás; mas luego, quizá la expresion de mis ojos llenos de respetuoso cariño hácia ella, infundióle confianza, y tuve la suerte, madre mía, de que contestára á mi saludo con otro no ménos expresivo, y en seguida desapareció toda turbada, sin duda, medrosa de mi osadía inesperada.

—Y... sábes algo respecto de ella, de si es buena, y si.....

—Oh! Permíteme que te interrumpa, madre de mí alma! Todo lo sé! He podido ave-

riguar lo que vas á oir: Que se llama Enriqueta; que es huérfana de madre, y que está en la casa de doña Marcela Soriano, en calidad de hija adoptiva ó pupila; que el padre, que viaja constantemente, solo ve á la hija muy de tarde en tarde, y, en fin, madre mia, sé positivamente que Enriqueta reune en sí todos los méritos y virtudes que tú puedas apetecer para la elegida de tu hijo!

—¡Cuán feliz me hacen tus palabras, Alberto mio! Pues bien: ya que tan digna de tí es Enriqueta, puedo abrigar la esperanza de que tu bienestar, que es para mí más caro que mi propia vida, llegará á su colmo cuando esa buena y gentil criatura me dé el título de madre.

—Sí, madre mia! No lo dudes. Enriqueta no es de esas mujeres que despiertan caprichos, más ó ménos persistentes. Hay tanta pureza en su rostro, tanto candor en su angélica mirada, belleza tanta en toda su persona, que solo puede inspirar pasiones nobles, afectos íntimos; de esos afectos que

se arraigan en el alma, profundos, grandes, y que solo acaban con la existencia!

—Sí! Te comprendo, hijo mio! Enriqueta es de la pasta de que debieran ser todas las esposas. En ella hay bondad inagotable, talento claro, y corazon sensible. ¿No es así, Alberto mio? ¿La pinto tal cual es, á tu gusto?

—¡Lo has adivinado!

—Bien. Ahora es menester que no pierdas el tiempo en platónicas excursiones en torno de su balcon. Aproxímate á ella por los medios conducentes que aconseja el honor á todo hombre de bien, como tú..

—Me haré presentar por uno de mis amigos, que frecuenta su casa.

—Sí! Nada mejor. Y desde el momento en que penetres en su hogar, tan respetado para tí, no guardes en el silencio los impulsos amorosos de tu alma para con las personas que custodian á Enriqueta. Franca y confidencialmente díles cuáles son tus intenciones... que lo demás.. lo demás corre de mi cuenta propia.

—¡Cómo, madre mia! ¿Qué intenta tu cariño?

—Deseo que resplandezca sobre tu frente de artista la doble aureola de la gloria y del amor. Y tambien quiero, Alberto mio, que, en el sagrario de nuestros más caros afectos, brille pura esa estrella, que ha de guiarte por el sendero de la cumbre, iluminando á la vez el camino de mi vida, que ya va hácia su ocaso!

—Oh! ¡Cuán buena eres! Bendita seas, madre del alma mia!

Y Alberto aprisionó entre sus manos la cabeza de su santa madre, é imprimiendo en ella los más ardientes besos del amor filial, cayó de hinojos á sus piés, bañado el rostro por el llanto purísimo de su júbilo.

V.

¡POBRE MARGARITA!

—¡Querida Margarita! Venid, venid al jardin. Allí hablaremos con más libertad.

—¡Matilde, mi buena niña! Hace un momento que os buscaba. Ya sabeis que....

—¡Silencio!... Venid conmigo.

Y enlazando su brazo al de la institutriz, ámbas se alejaron, internándose por entre las calles del jardin.

—Sentémonos aquí, bajo la grata sombra que proyecta este limonero—propuso Margarita.

—Como querais—añadió Matilde.

—Y bien....

—Ya sabreis la novedad que hay....

—¿Qué ocurre, hija mia?

—Pues, la próxima llegada del padre de Enriqueta....

—¡La...!

—¡Dios mio!... Margarita! Margarita!.. Ay!... ¿Os poneis mala?

Una súbita y mortal palidez cubrió las facciones de la institutriz, y, temblando convulsivamente, cayó hácia atrás, dando con la cabeza en el duro tronco del limonero.

Matilde, asustada, sacudió el brazo de Margarita, y, llamándola con los más cariñosos dictados, trataba de hacerla volver en sí.

—Voy á llamar, y os conduciremos á vuestro lecho....

—¡Nó!... nó!...

—Pero, ¿qué teneis, mi buena amiga?

—¡Nada!... Ya se me va pasando.... Estoy tan nerviosa de poco tiempo á esta parte!... Dispensadme ! Os he asustado, querida Matilde!

—Sí, un poco.... Pero volvamos á la casa. Os haré un té, y....

—Nó. Gracias! Quedaos. Yo os lo suplico! ¿No veis que ya todo pasó?

—Bien. Pero estais muy pálida. ¿Habeis sufrido otras veces igual congoja?

—¡Sí!... No...! Es decir: no tan fuerte... Pero, no os inquieteis! No ha sido más que un simple ataque de nervios—Bah!—continuó Margarita, tratando de sonreir para tranquilizar á Matilde—Ataque de nervios lo tienen muchas mujeres. Bien podría decirse que es una enfermedad de moda!

Las palabras de Margarita contrastaban con la expresion de su rostro; pero Matilde quiso darse por convencida, y no insistió, viendo que asi complacía á su amiga.

—Y bien.... Vos hablábais, cuando yo me indispuse.... Deciais que....

—Sí, que pronto llegará el padre de Enriqueta.

—Y creeis....

—Que acude al llamado de mamá.

—¡Cómo! ¿Vuestra madre le solicita?

—Sí. Ya sabeis que hace dos meses que frecuenta nuestra casa Alberto de Soldevilla. Vos, mejor que nadie, no ignorais lo

que pasa; pues Enriqueta, que os ama con ternura, ha de haberos confiado todo....

—Pero nada me dijo de que su padre habría de venir.

—La pobre Enriqueta! Oh! Es que teme hablar de su padre! Le infunde este tal turbacion en el ánimo, que su presencia, lejos de serle grata, le impresiona dolorosamente. Pues, bien. Como os decia: ya sabeis que Alberto ama á Enriqueta. Se lo manifestó á mamá desde el mismo momento en que visitó nuestra casa. Y recordareis que pocos dias después, la venerable madre del jóven pintor, hizo á mamá una visita, con objeto de pedir para su hijo la mano de nuestra amada Enriqueta.

—Sí. Y vuestra madre contestó, que, aunque ella velaba por Enriqueta y la tenía en su casa como hija adoptiva, no ejercía, sin embargo, sobre ella suficiente autoridad como para disponer de su destino, y que, por consiguiente, consultaría al padre de la niña, y....

—Justo. Entonces fué que mamá es-

cribió á D. José Montero, diciéndole que el jóven que amaba á su hija, le creía digno de ella, y que obraría cuerdamente en aceptarlo por yerno, labrando así la felicidad de Enriqueta.

D. José contestó secamente que vendría.

Y aquí teneis por qué estamos esperándole.

La pobre Enriqueta no sabe lo que le pasa.... Pero vedla. Se acerca. ¡Qué triste viene! Pobrecilla!... Adios! Os dejo á solas. Tratad de prodigarle todos vuestros solícitos consuelos.

—¡Noble niña!—murmuró Margarita, siguiendo con la mirada á Matilde, que, ligera, se alejó en direccion á la casa.

—Margarita!—exclamó Enriqueta, deteniéndose á corta distancia de la institutriz y mirándole con marcadas señales de cariño y de tristeza profunda.

—Enriqueta! hija mia!... Acercaos!—repuso Margarita, tendiéndole los brazos en actitud suplicante.

La jóven se precipitó en ellos, y ocul-

tando su rostro en el seno de su amiga, prorrumpió en amargo lloro.

—¡Calmaos, Enriqueta querida! Ved que quizá vuestro dolor no tenga razon de ser. ¿No amais y sois amada? Entónces, ¿qué es lo que turba la placidez de vuestra ventura?

—¡Ay, amiga del alma! Vos tambien llorais...! Y es, porque adivinais el martirio que destroza mi alma, precisamente en los momentos en que más feliz debiera considerarme!

—Enriqueta!

—Margarita! Ay! ¡por qué plugo al cielo arrebatarme mi madre idolatrada!

—Enriqueta...! Enriqueta...! Por Dios!

—¡Ah! Perdonadme! No sé lo que me digo.... ¡Dios mio! Apiádate de mí!... Pero no os aflijais, Margarita; no lloreis! No sé por qué.... ¡pero vuestro llanto llega hasta mi alma!

Margarita sollozaba convulsivamente, y oprimía contra su pecho la cabeza de Enri-

queta, humedeciéndola con el rocío de sus lágrimas.

—Vuestro padre—murmuró la institutriz, serenándose por un esfuerzo supremo—no se negará á la realizacion de vuestra dicha.

—Ah! Margarita! Tiemblo! Un secreto presentimiento me anuncia que he de ser muy desgraciada! Mi padre.... no consentirá, no. Oh! me lo dice el corazon que jamás me ha engañado. Y yo, yo que amo tanto á Alberto...! Porque es muy bueno. No podeis figuraros cuánta nobleza y cuánto amor hay en su generosa alma de artista. ¿Y su madre? Si viérais qué bondadosa es y cuánto me quiere! Se me figura que la querré como á mi propia madre...! Pero no lloreis más, Margarita querida! Me haceis daño!

—Ah! Enriqueta! ¡Cómo no quereis que llore, si.... al casaros.... ya no os veré más....

—Qué decís! ¡Vos, vos separaros de mi lado! Qué locura! Vendreis á vivir con nos-

otros, si es que se realiza sueño tan seductor.

—Imposible, absolutamente imposible!

—¿Por qué? Pensais dejarme? Quereis abandonar á vuestra Enriqueta, á vuestra pobre Enriqueta, que ha recibido de vos los halagos de una legítima madre? Quereis anublar el cielo de mi ventura, negándome el calor de vuestro íntimo afecto?...

—¡Oh! No, no! Pero no echareis de ménos mi cariño. El amor de vuestro esposo, las nuevas imágenes que os rodearán....

—No prosigais, que podeis herirme muy hondamente, si hablais en ese tono. ¡Ay!... Es porque no sabeis cuánto amor y cuánta gratitud atesora mi alma para vos!

—Dios mio! Dios mio! Tened compasion de mí! Enriqueta! Enriqueta! Iré á veros siempre. Pero me es imposible, de todo punto imposible.... Os lo juro! No puedo ir á vivir con vos!

—Ah!... ¿Por qué, Dios mio, por qué?

—Quereis saberlo?

—Sí! Ah! Sí!

—Pues, bien. Porque hay en mi vida un misterio, que no me es dado revelároslo.

Porque arrastro en mi existencia una pesada cadena, de la que no sé librarme.

Porque... Dios mio!... Porque si intentara romper ese yugo que me oprime, que me ahoga, labraría, no tan solo mi propia desdicha, si que tambien la desgracia de un sér por el cual sacrificaría hasta la última gota de mi sangre!

—Oh! ¿Existe un sér que tanto amais? Dónde está, donde?

—¡Callaos! callaos.... por misericordia!

—Confiaos á mí, Margarita! ¿Qué temeis? ¿Creeis que no sabré guardar vuestro secreto? Mi pecho será un sepulcro para vuestras confidencias. Y seremos dos á llorar, porque vuestras penas serán tambien mis propias penas!

—Imposible. ¡Ah! Imposible!

—Oh! Extrañas son vuestras palabras!—murmuró Enriqueta en tono resentido—Decís que me amais, y luego os pesa con-

fiarme los secretos de vuestra alma! ¿Los tengo yo acaso para con vos?

—Querida niña!—balbuceó Margarita, imprimiendo un beso en la frente de la jóven—traed vuestra mano, y no la aparteis de aquí.... ¿Qué sentís, Enriqueta?

—Vuestro corazon que late apresuradamente, como si quisiera escaparse del pecho que lo aprisiona.

—Oh! ¿Sentís sus latidos? Pues cada pulsacion es un dolor para mi alma, para el alma de vuestra amiga. Todos mis secretos, todos mis pensamientos íntimos, los conoceis vos, amada niña; pero.... hay uno que no me pertenece, uno que me aniquila, que me mata, y que no puedo arrancarle de mi pecho!

—Cuánto martirio! Y no poderla consolar, Dios mio! Pero vos, Margarita, me hablásteis de un sér, al que amais con el alma entera. Quizá algun amor contrariado.... ¿Teneis parientes, amiga mia? Nunca me habeis hablado de vuestra familia!

—¡No...! no tengo á nadie en el mundo!

—Oh! mi buena Margarita! Parece que mi conversacion os aflije. No os diré nada más. Si bien habria querido haceros una pregunta....

—¡Hacedla, hija mia...!

—Pues bien. Ahora que estoy próxima á contraer matrimonio, ¿por qué no os casais vos tambien?

—¡Cómo! ¿Qué decís?

—Sí, amiga mia! Uniéndoos á un hombre de bien con el dulce lazo del matrimonio, quizá césen nuestros dolores; tendreis un brazo fuerte que os defienda. ¡Debe ser tan grato atravesar el camino de la vida amparada por un esposo tierno, noble é inteligente!

—¡Ay!...

—Margarita! Margarita! ¡Perdonadme, si os he hecho mal, ambicionando para vos dicha igual á la que me aguarda.

Margarita había cerrado los ojos, y oprimiéndose el pecho con ámbas manos, sacudió la cabeza cual si quisiera ahuyentar algun

pensamiento que la abrumara. Y luego, reponiéndose súbitamente, cogió las manos de Enriqueta y estrechándolas efusivamente, repuso:

—No; nada me han hecho vuestras palabras. Antes por el contrario, me place oiros hablar así. Pero, hija mía! —continuó la institutriz, dando cierta jovialidad á su acento, hasta entónces entristecido, —al hablarme de matrimonio, por lo visto, no os habreis fijado bien en mí. ¿He de pensar en casarme á mi edad?

— ¡Sois jóven todavía, mi querida amiga!

—¿No veis mis cabellos ya encanecidos, mi tez ya marchita, y mis...

—¡Callad! Sois hermosa, sí, muy hermosa!

—Vedme bien, querida mía! miradme con ojos desapasionados.

Y Margarita, sin abandonar la sonrisa que había llamado en su auxilio, para desorientar á Enriqueta de sus melancólicos pensamientos, al hablar así, habíase puesto de pié, como invitando á la jóven á que se convenciera de su error.

Contaba Margarita, á la sazon, treinta y seis años. Sus secretos dolores no habían logrado marchitar su tez; pero sí habían impreso en su rostro marcadísimas huellas de profunda tristeza.

En sus cabellos brillaban ya muchas canas, cual otras tantas hebras de plata. Sus ojos eran hermosos, y cuando miraban parecían ir divulgando sus pesadumbres: ¡tanto decían aquellos ojos, agrandados por el dolor y sombreados de un tinte claro-oscuro, que los hacía mas simpáticos aún! Y su boca era fresca; pero habíase trocado en rosa suave el color que antes era encarnado clavel; y sus lábios, finos y movibles, habíanse acostumbrado á sonreir, pero con una de esas sonrisas tristes, como las últimas tintas de la tarde, que acarician el cáliz mústio de la flor que se deshoja.

Margarita vestía siempre de negro; y la blancura mate de su tez aumentábase á favor de lo sombrío de su traje.

Así, erguida, en presencia de Enriqueta, aparentando jovialidad, que estaba muy

lejos de sentir, con la cabeza graciosamente inclinada hácia su hombro izquierdo, los cabellos suspendidos, afectando la forma de rizada banda al rededor de su frente, Margarita ofrecía el cuadro de una pristina belleza.

Enriqueta, complacida por la disposicion de ánimo de su amiga, mirábala alegre y sonriente, y propúsose aprovechar momento tan oportuno para inclinar su voluntad en pró de los proyectos casamenteros, que ella forjábase en su mente á favor de Margarita.

—Persisto en lo dicho—exclamó la jóven, viendo que la institutriz volvía á sentarse á su lado.—Vuestro casamiento sería, á mi juicio, el término de vuestros....

Pero callóse repentinamente, comprendiendo que toda aquella festiva escena había sido tan solo para halagarla, pues Margarita habíase puesto pálida al escuchar sus palabras insistentes sobre un mismo punto.

—Si quereis, hablaremos de vos, hija mia, de vuestra suerte veleidosa tan próxima á cimentarse—repuso Margarita.

con estudiada indiferencia por lo que á ella concernía.

—Para hablar de mí tendría que volver á suplicaros que os vengais conmigo cuando yo cambie de estado: este es mi constante pensamiento. Y vuestra negativa, creedlo, me hace sufrir inconsolablemente!

—Ya hablaremos, hija mía...!

—¡Cómo! ¡Qué dicha! ¿Accedereis á mis ruegos, querida Margarita?

—Algun dia ¡Dios lo quiera! sabreis los motivos que me impiden vivir cerca de vos.

—¡Cómo! ¿cerca de mí? Pues qué, ¿sin saberlo yo existe un *algo* que nos separa? Explicaos por favor, si no quereis que enloquezca de pesadumbre!

—No, Enriqueta! Me habeis comprendido mal. Nada existe.... entre ámbas ¿Qué afinidad podrían tener vuestro destino, y mi destino? Os conocí de pequeña, en esta casa, y os amé como á hija propia! Yo estaba sola en el mundo. No veía en torno mío más que soledades, aislamientos, indiferencias...! Y por esto, Enriqueta, al veros, al

contemplaros junto á mí, tan amorosa... . tan bella, tan llena de encantos, os quise con toda mi alma, con la vida toda.... ¡Ah!... Pero, Dios mio...! Cómo no la he de amar sí.... Pero ¿qué me estoy diciendo?... ¡Enriqueta! Enriqueta...!

—¡Margarita! Seguid, seguid hablando, que vuestras palabras me hacen muy feliz.... Pero no me mireis de ese modo, que me causais dolor. Mas.... ¿Por qué llorais?... ¡Cielo santo! ¿Por qué sufre esta mujer, tan buena y tan digna de ser amada?...

—¡Perdonadme, Enriqueta! No puedo continuar en este sentido. Sufro mucho! Al hablaros de mi cariño, al veros, al mirarme junto á vos.... tengo que llorar siempre...! ¡No veis, hija mia, que habiendo hallado en vos la única luz de mi esperanza muerta, tengo forzosamente que sufrir.... porque vos no podeis amarme como yo deseára!...

—¿Qué no os puedo amar como vos anhelais? Por qué no? Quién podrá estorbármelo?

—¡No me entendeis! no!... Quiero deci-

ros.... En fin, quizá os parezca exigente; pero, de igual manera que os amo como á una hija propia, desearía que me quisiérais.... como á vuestra propia madre.... Y ya veis!... Es imposible. Soy tan solo vuestra amiga.... Y luego.... esa otra mujer, la madre del que va á ser vuestro esposo, tendrá derechos que yo no puedo invocar, ni ménos disputarle.... La querreis más que á mí, es evidente, y yo... yo.... ¡ay!.. ay!

Enriqueta rodeó el cuello de la institutriz con tierno abrazo, y, besándole los encanecidos cabellos, murmuró:

—¡Nadie! ¿Entendeis? Nadie tendrá más derecho que vos á mi cariño. ¿Pues qué? ¿Quién, sinó vos, ha velado junto á mi lecho de niña y de mujer? ¿Quién ha custodiado mis sueños, y me ha besado dormida, y en las noches heladas de invierno háme abrigado con sus propias ropas? Quién ha perdido el sosiego cuando la pena, ó la enfermedad, ha hecho su presa en mí? ¡Decid! ¿Quién se ha interesado tanto por esta pobre huérfana? ¿Y quién ha comprendido mejor

mi sentimientos íntimos, mis propias aflicciones y mis secretas tristezas? ¡Nadie más que vos! Vos, que me amásteis como á una hija; vos, que refundísteis en mí todos vuestros afectos y vuestras alegrías!

¡Vos, sí, vos sola, mereceis que os ame como á mi propia madre!

Antes de concluir Enriqueta su sentida plática, Margarita la estrechaba ya entre sus brazos, murmurando:

—¡Dios te premie todo el bien que acabas de hacerme!

—Oh! habladme así ¡No empleeis el tratamiento que habeis usado hasta hoy; porque....

—Es necesario, hija mia! ¿Qué pensaria Doña Marcela?

—Y bien! En su presencia hacedlo; pero, cuando á solas estemos, habladme siempre como ahora, de tú, con igual franqueza. Paréceme que así me quereis más.

—Oh! Yo tambien lo anhelo. ¡Cuánta gratitud te debe mi alma, hija mia! Verme

así, querida por tí, es la justa compensacion de todos mis dolores!

—Escuchad! Mañana se espera á papá. Vos lo sabeis. Tan solo cinco ó seis veces le he visto en mi vida. Es hombre tan original... En fin, vos le vereis. A mí... no sé por qué su presencia me infunde terror. Vos no le conoceis. Siempre que él ha venido habeis estado ausente. Pero ahora le vereis.

—No!.. No le veré... ¿Para qué, hija mia? Mi asistencia no es necesaria en un acto puramente de familia, que tendrá lugar con motivo de la peticion de tu mano. ¿Y por qué has de tenerle terror á tu padre? ¿Te ha hecho daño alguna vez?

—Oh! siempre que ha podido!

—¡Insensato! Le reconozco!—murmuró Margarita por lo bajo.

—Eh! ¿qué decis?

—Nada.. ! nada...! ¿Dices que te ha mortificado? Cuéntame, Enriqueta, cuéntamelo todo! Te lo ruego!

—Sí! En las pocas veces que le he visto,

siempre decíame cosas que me hacian sufrir.

—Dí!

—Cuando, por ejemplo, mostrábale alguna de mis labores—doña Marcela me inducía á ello—invariablemente contestaba: "—Bah! Valientes tonterias! Sedas, flores y cintas. Si te habrás creido tú que vas á ser duquesa! "

—"Señor!—decíale doña Marcela—Su hija de V. hace lo propio que hacen mis niñas. Su educacion en nada difiere de la de ellas. Y á más, Enriqueta tiene especial gusto en hacer esas labores primorosas.

— "Es mi voluntad la que se ha de hacer, no la de ella—repuso airado mi padre—No quiero yo que gaste el tiempo en simplezas. Y esta chiquilla, por lo que se ve, se ha creido que en su vida no ha de hacer otra cosa, sinó . . . .

—"Papá— díjele yo, temblando, al ver fija en mi su mirada severa, que causaba espanto— Yo haré lo que tú ordenes.

—"Si, si— contestó él, tomando brusca-

mente su sombrero.— A mí no me engañan tus aparentes humildades. Pero ten entendido, ¿lo oyes? ten entendido, que yo haré de tí lo que mejor me plazca. Mis deseos, son leyes! Y ¡ay! de tí si intentáras desobedecer mis mandatos! Entónces. . . !

Y al llegar aquí su ágria amonestacion se ausentó de la sala sin saludar á doña Marcela, ni despedirse de mí. Y no volvió más, hasta pasados tres años!

—Sí. . . . Ya concibo todo eso . . ! ¿Y no escribe nunca?

—Sí, lacónicamente, avisa á doña Marcela cuando cambia de residencia.

—¡Tarde, ó temprano, la justicia de Dios endereza las injusticias de los hombres!

—Lo decis por mi desgracia, sin duda. Ahora comprendereis si tengo motivos para presentir mi desdicha con la llegada del autor de mis dias. Como que parece que todo lo que á mi me agrada, á él le disgusta. Y es por esto, amiga mia, que nunca os he hablado de él. ¿Para qué, si habia de afligi-

ros contándoos su mal comportamiento para commigo?

—Pobre niña! Cuál será tu culpa, para que así el rigor de la suerte se cebe en ti y te robe todos los halagos de la existencia!

—Pero, Dios es infinitamente bueno. En medio de mi desventura, os tengo á vos, y... á mi querido Alberto! ¡Ay! Si mi padre niega su consentimiento para mis bodas, yo me moriré, Margarita, porque mi dolor será superior á mis fuerzas!

—No hables de morir, hija mia! Espera, confiada en la Divina Providencia. Puede ser que el corazon de tu padre, á favor del encanto de tu palabra, sufra una transformacion, y....

—Oh! Cuán difícil es todo eso! Y luego... no es esa sola la única desventura que me intimida.

—¿Temes otra desgracia, Enriqueta querida?

—Si— repuso la jóven, mirando recelosamente á todos lados, y, bajando la voz, continuó: — ¿Conoceis á Renato Morgan?

—¿No es el jóven conde, amigo de vuestro prometido, precisamente el mismo que le presentó en esta casa?

—Si, el conde, Renato Morgan, que miente amistad á mi Alberto, y engaña á Berta con falaces promesas de amor.

—Oh! ¡Ese lenguaje en ti! . . . Razon tendrás para hablar de esa suerte.

—Renato me persigue y pretende enamorarme . . . .

—¡Dios mio!

—Ya veis cuánta traicion! Él se titula amigo de Alberto. Y no ignorais que corteja abiertamente á Berta.

—Doña Marcela no es gustosa de semejante amor.

—Pero, Berta le ama.

—Oh! El uno para el otro. Renato va en busca de la seduccion, y Berta ambiciona la corona condal. Pero, ¿ese hombre ha tenido la audacia y el atrevimiento de insinuaros abiertamente sus intenciones?

—Sí, y aun más. Con sus pérfidas pretensiones, rechazadas por mí con horror,

ha logrado que Berta me mire con más recelos y más prevencion que nunca. Y yo, inocente, y Alberto mas inocente aun, sufriremos las consecuencias de sus enconos. Con sus secretos manejos ha conseguido ya que doña Marcela mire con malos ojos á mi prometido. ¡Sabe Dios cuántas calumnias habrá divulgado ya esa mujer!

—Dios mio! Dios mio!...

—Y lo que más temo, amiga mia, es que Alberto llegue á descubrir las intenciones de su falso amigo. ¡Ah! Si llega á producirse un choque entre ámbos...! Cielo santo! Me anonada el terror cuando me asalta esta idea!

—Descuida. Alberto es bastante prudente para no ocasionarte un nuevo dolor. Y á más: ¿Acaso merece el conde otra cosa que el desprecio?

—Oh! Qué indigno proceder el de ese hombre! Y yo sin tener un brazo fuerte que me defienda! Porque es de mi deber hacer todo lo posible para que Alberto no descubra los torpes manejos del conde.

—Sí! Es necesario evitar cualquier lance de tristes consecuencias.

—Ah! Yo tiemblo!

—Valor, hija mia, valor!

En aquel instante, al extremo de una de las calles del jardin, las dos amigas vieron aparecer repentinamente la figura de una mujer, que se aproximaba con cautela.

Era Berta.

Desde el momento en que descubrió á Enriqueta y á Margarita, una sonrisa maligna vagó por sus labios, y, aparentando profunda indiferencia, se acercó exclamando:

—Calle! Milagro sería no encontraros juntas!

—Los que bien se quieren, se buscan siempre mútuamente—repuso Margarita, sonriendo en calma.

—Ya! para contarse sus cuitas. ¿No es esto?

—Pues. Las confidencias del alma son siempre interesantes entre los que verdaderamente se aman.

—No lo niego. Y Enriqueta mucho ha de tener que contaros. Ya se ve. Próxima á contraer matrimonio.... es decir: si el papá le otorga su beneplácito.

Enriqueta inclinó su hermosa cabeza sobre el pecho, y un hondo suspiro se escapó de su oprimido corazon.

Margarita reprimió un movimiento de indignacion, adivinando la idea malévola que aquellas palabras entrañaban.

Berta, gozándose en el dolor que veía reflejado en el rostro de Enriqueta, continuó:

—Y lo peor será que el papá no se contente solo con la negativa. A buen seguro que determina llevarse la pobre novia!

—Lo cual sentireis mucho vos!—exclamó Margarita, sin poder contener su enojo.

—Tened la lengua, señora.... institutriz!—repuso Berta con marcada ironía é irguiendo la cabeza con altivez.

—Ved que martirizais á Enriqueta!—agregó Margarita, sofocada por la pena.

—¿Y á vos qué os importa? Olvidais que

estoy en mi casa, y que vos no sois más que una asalariada!

—¡Berta!

—Oh! Por Dios!—exclamó Enriqueta, juntando las manos.

Berta dirigió á ésta una larga mirada de burlona conmiseracion, y volviéndose á Margarita, que lloraba en silencio el vejámen recibido, continuó con insolente tono:

—¡Guardaos, señora Margarita! No tardará mucho el momento en que os haga comprender cuál es vuestro verdadero lugar. Y entónces sabreis que aquí, en esta casa, estais de más!

Y dichas estas palabras, volviendo las espaldas á las dos atribuladas amigas, se alejó, riendo burlonamente y murmurando frases ininteligibles.

Enriqueta y Margarita abrazáronse estrechamente, y así, en silencio, lloraron largo tiempo.

Su llanto era el prólogo del drama que más tarde habia de desarrollarse.

VI.

FRUTOS AMARGOS.

Renato Morgan, conde de Vila, era hijo único. Contaba, á la sazon, treinta años, y habia quedado huérfano á los veinticinco.

A la muerte de su padre, Renato había naturalmente heredado título y fortuna; quedando por lo tanto en aptitud de poder disfrutar de los placeres mundanos con todo el desenfreno de que era capaz.

Lanzado en la pendiente resbaladiza de las liviandades, sus pasiones no reconocían valla. Nada se oponía á sus menores caprichos, y era su prurito, su más glorioso galardon, ir tras las mujeres de más severa virtud, y luego contar á sus amigos, entre

risas y burlas sangrientas, los pretendidos triunfos de sus aventuras escandalosas.

Bien se guardaba Renato de referir sus derrotas amorosas. Le irritaba hallar una mujer, que, á pesar de amarle, resistiese sus seducciones. Para él era esto inconcebible. El, que solo buscaba la materia, ¿podría darse cuenta de las nobles sensaciones del espíritu?

El grosero realismo y su séquito de torpes placeres, habian agostado en el alma del nuevo conde todo sentimiento levantado, toda idea generosa y delicada.

¡Cuántos infelices gemían en el abandono, mientras el conde, olvidado de sus víctimas, corria en pos de nuevos goces!

Marchitar una flor, cuyo perfume le embriagara un dia, ¿qué significaba para él, acostumbrado, como lo estaba, á cambiar deleite por deleite?

Era menester renovar aquellos fugaces placeres, por otros más vivos, y más intensos: sentir en sus venas correr el fuego del deseo impúdico, saciar sus apetitos

desenfrenados, retorcerse en las ánsias del libertinaje, arrastrarse, y.... luego, morder, como muerde la víbora, que, traidora, salta de la tierra en que se arrastra para dar muerte con el veneno que destila su emponzoñada lengua!

¡Inocentes palomas, perseguidas por fiero gavilan!

Fijaba sus ojos en el hogar tranquilo y virtuoso, allí donde la incauta niña vivia ignorada, agena á las perfidias del mundo y sus negras acechanzas.

Aquel tierno corazon, que aun no habia palpitado á impulsos del amor, siéntese dulcemente estremecido al escuchar las misteriosas palabras que desliza á su oído el pérfido galanteador. Y poco á poco, aquella alma sencilla y buena, se deja cautivar por los halagos que tan feliz le hicieran.

La niña ama ya. Y por lo tanto, no desconfia. Ve en el objeto de su cariño, reunidas todas las perfecciones de la tierra. ¿Dudar de su amado, de ese sér que tanto la quiere, por quien ella se desvive, y en quien piensa

á todas horas? ¡Qué locura! El no la engañará. No. Será su esposo. Así se lo ha prometido, entre juramentos mil.

La madre, que adora á su hija, ve con los ojos del alma el peligro que la rodea. Y la llama á sí. Y sin herir sus santas creencias, sin descorrer el blanco velo de sus ilusiones, le habla con sincero acento; la recuerda que ella custodia la invalorable prenda de su virtud; le hace ver cuán feliz es con su inocencia; y luego, cuéntale con pena las desdichas que traen consigo las amarguras de la conciencia.

Y háblale de la santa paz del hogar: del amor infinito de la madre por la hija de sus entrañas; de su ardiente anhelo por verla feliz, digna y considerada; háblale de su agonía, de su muerte, si la viera caer en las enmarañadas redes del dolor. Y píntale con mágicos colores, la suprema dicha de la mujer buena y virtuosa, de la que siempre puede llevar la frente levantada, para que en ella se reflejen sus acrisoladas virtudes. El respeto del esposo, el amor

acendrado de los hijos, el aprecio de las gentes.... He ahí la ventura que jamas alcanza la mujer que se ofende á sí misma, olvidando guardar el purísimo perfume de su inocencia inmaculada.

La niña oye estos acentos, como presagios que vienen de los cielos. Esconde, avara, en su alma, la esencia purísima de esas palabras. Y á solas, piensa en la dicha que le espera, y.... sueña con el sueño de su virginal candor.

Mas luego, sus oídos se ábren nuevamente para escuchar á su enamorado. ¡Qué bien se produce! ¡Cómo le conmueven sus protestas de amor! Sí, sí! Cuál la apacible corriente de cristalino lago, que se desliza en blando murmurio, así ella, plegada al que ya considera esposo suyo, irá en pos de él, en confiado abandono, sin temer los peligros de que está erizada la senda de la vida, porque para ella no existen, porque él la defenderá de todo riesgo.

Entónces el seductor, contando con el triunfo de la perfidia sobre la indefensa vir-

tud, redobla sus ternezas. Y la niña, confiada, cual si reposase en el regazo de su amorosa madre, se entrega al infame perjuro, que, sediento, bebe hasta la última gota del cáliz de aquella deliciosa flor, que destila miel.... ¡Ah! si! sabrosa miel, que muy luego ha de trocarse en veneno activo para la inocente víctima!

¡Adios, cándidos ensueños de ventura!... Doradas esperanzas, convertidas en girones del corazon.... ¡adios! ¡plácido lago, trasformado en amargo mar de borrascoso lecho! ¡Delicioso pensil, que trocóse en seco y árido arenal...! Ah!

Y la niña, trasformada en mujer, tras breves instantes, ve, horrorizada, desvanecerse sus doradas ilusiones.

Aquel, que tan rendido mostróse hasta obtener sus favores, trócase en déspota. Y si ayer suplicó de hinojos, hoy se alza altanero, y vuelve la espalda á los ruegos y á las lágrimas de la mísera, que no supo resistirle, y que sucumbió cual temprana rosa, arrebatada al tallo que le diera vida!

Renato Morgan habíase educado en la escuela de la disipacion. Sembrada en su espíritu la semilla de las malas pasiones, habíase arraigado, sin que mano alguna compasiva se cuidara de arrancar aquella viciada planta, que amenazaba secar las flores de los ya escasos sentimientos buenos que le quedaban.

Cúpole por mala suerte una madre que de todo se preocupaba ménos de cumplir el sacratísimo deber de cultivar el corazon de su hijo, encaminándolo por la senda de la virtud.

Absorbida por las diversiones y regocijos con que el mundo brinda, corría de fiesta en fiesta, sin cuidarse de la educacion de su hijo, el cual crecía en medio de los ejemplos que le ofreciera la constante y perniciosa sociedad de los criados, en cuya compañía pasó su niñez, miéntras la despiadada madre vivía en los artesonados salones del gran mundo, rindiendo culto ferviente á los placeres frívolos, á las superfluidades, al lujo, á los caprichos banales de la

moda veleidosa, y á toda esa cohorte de futilezas y puerilidades, entrelazadas á los mentidos halagos, y el ambiente tibio y aromoso de los salones, y el abandono enervante de los sentidos, en donde la mujer, entregada á la voluptuosidad de los goces, halla el ideal soñado de sus vagos deseos, y de sus anhelos indefinibles.... ¡Desdichada mujer!

Encadenada á ese género de vida, mal podría tener el reposo de la madre, que hace del hogar el santuario verdadero de todas sus íntimas afecciones. Faltábale tiempo para las cosas mundanas. Era trabajo ímprobo ocuparse del embellecimiento de su propia casa. El niño, bien podría cuidarlo la doncella. ¡Vaya una tontería! La madre con su rango, con las imperiosas ocupaciones que el mundo imponía para sí, ¿había de abandonarlo todo, soterrarse entre cuatro paredes para educar á un rapaz, que, aunque fuera su hijo, no podía soportarlo por sus infantiles antojos y sus destemplados gritos? ¡Qué horror! ¿Qué diría la sociedad,

ese mundo elegante, perfumado y deslumbrador, como escaparate de preciosidades arabescas? ¡Qué diría!

Se le afearía el rostro. ¡Qué ridícula! Perder la lozanía de la juventud por satisfacer un deber estúpido: ¡la crianza de un hijo! Como si ella no tuviera bastante dinero para pagar manos mercenarias que veláran por ese pequeño sér!

Y así pensando aquella madre, de frívola, tornóse en criminal, creyendo ¡insensata! que el dinero podía conquistar para su hijo el cariño que ella le negaba.

¡Ignoraba la infeliz que no hay oro que pague las caricias de una madre!

Renato creció, como crece la mala yerba, marchitando las humildes florecillas, que se atrevían á levantar su tallo delicado junto al erizado zarzal.

Las primeras impresiones arraigaron en su alma, y á medida que los años trascurrian, se agigantaban más y más sus malos instintos.

Llegó á la edad en que se revelan todas

las condiciones del carácter y de la educacion, y fué entónces que la madre se dió cuenta del abandono punible en que había crecido el hijo de sus entrañas. Pero ya era tarde para remediar el mal. Ella se sentía sin fuerzas. Ese mundo tan deslumbrante, al cual consagró todos los momentos y todos los latidos de su corazon, de su vida, había defraudado todas sus esperanzas, marchitado todos sus atractivos, y había acallado los sentimientos todos de su pecho.

Experimentaba sensacion de frio en los salones, que antes eran el recinto de todas sus alegrías y de todos sus triunfos. Los homenajes tiernos y afectuosos habíanse trocado en ceremoniosas cortesanías; las miradas ya no se cruzaban ardientes, y las sonrisas no eran ya provocativas. El hielo de la indiferencia iba poco á poco enterrando los despojos del placer.

La nieve de los años, cual fria ceniza, apagaba la hoguera que un tiempo fué viva y volcánica.

Quiso la desdichada llorar, pero ese benéfico rocío del alma habíase secado en su pecho, y al tornar los ojos hácia su hijo, tampoco encontró el refugio de su cariño. ¡Los frutos del árbol abandonado, por fuerza tenían que ser dañosos y de amargo sabor!

Y la infortunada mujer vió, aislada, acercarse los últimos dias de su vida, y ya en el ocaso de su existencia, se halló sola, sin una mano cariñosa que le brindára su apoyo, ni una mirada compasiva que se condoliera de su triste suerte.

Fué mala madre, y por esa culpa inmensa, en torno de su lecho reinó la soledad, el silencio y el abandono. Ella no había hecho vibrar las cuerdas del sentimiento en el alma de su hijo, y esas fibras delicadas habíanse secado, como se seca la ignorada planta combatida por el fiero aquilon.

Los admiradores que ayer, rendidos á sus piés, cuando ella brillaba como rutilante estrella, entonábanle himnos de alabanzas, han perdido hasta la reminiscencia

de aquellos instantes de atolondrados regocijos.

A la sociedad, mezcla informe de risas irónicas, mentidos goces y eterno engaño, solo le place la frescura de la primavera, y el alegre sonar de los cascabeles con que se engalana la locura.

Esos mismos amigos, que ayer quemáran incienso en holocausto de su hermosura, eran hoy los primeros en propalar acerbas críticas de sus frivolidades, difundiendo acremente y por doquier, el abandono que ella hiciera de su hijo, para entregarse á las sensualidades del mundanal bullicio.

La infeliz mujer murió, como mueren todas las que como ella han vivido......! Sin dejar una huella tan solo en el camino del bien! Su memoria habiase extinguido antes que su existencia. Nadie la recordó! Y en su sepulcro frio y solitario creció la maleza, como habiase desarrollado en su alma el gérmen de la liviandad. Y ni una lágrima, ni una flor, ni una plegaria, fué á

caer sobre el mármol inerte de su tumba olvidada!... Ah!... madre infeliz!...

El mundo reclamó al hijo pervertido, despues de olvidar á la madre culpable.

El nuevo conde se presentaba en los dorados umbrales del alcázar del lujo y de los placeres, con todos los títulos que le hacian acreedor á la consideracion de aquellas gentes vanas.

Era jóven, rico, noble, conquistador. Y su físico arrogante le colocaba entre los elegidos de la suerte.

Renato—ya lo dijimos—contaba treinta años. Era de estatura ni alta, ni baja. Su figura correcta la dibujaba con perfeccion su traje negro, de un corte elegantísimo. Su cabeza era verdaderamente artística; tenía los cabellos negros, y la tez morena pálida; su frente era elevada; sus ojos pardos miraban con intencion maliciosa y sonriente, y esta mirada, asaz atrevida, velábanla sus párpados entornados. Tenía la nariz aguileña, ligeramente pronunciada; sus lábios algo gruesos y de un color encendido; el

fino bigote que sombreaba su boca, disimulaba tambien la eterna sonrisa equívoca que en ella vagaba.

Tal era Renato Morgan, temido por muchas mujeres, deseado por otras, y envidiado de los hombres, entre los que se contaban no pocos que le aborrecían.

Habitaba Renato el piso principal de un hermoso palacio, propiedad suya, sito en la calle del Arenal.

Decorada y alhajada con magnificencia, nada faltaba en aquella morada para la comodidad de su dueño.

Los muebles, cuadros, vajilla, coches y caballos, eran citados entre las gentes de alto coturno, como modelos del gusto más exigente.

El conde tenía á su servicio varios criados, y entre estos descollaban el ayuda de cámara y la doncella, por las consideraciones que aquél les dispensaba.

Esta última cuidaba de las ropas del señor, y aseaba sus habitaciones con el encargo especial de ser discreta y comedida. Se lla-

maba Rosalía, y era una chica como un lucero.

Morena, de mediana estatura, de cabellos negros; ojos más negros aún, de mirar de fuego; aire resuelto, y una vocesita armoniosa, lijeramente ronca, y con unos andares andaluces, que....vamos!—la mar!

Vestía una falda corta, color rosa, y cubría su airoso cuerpo un pequeño pañuelo de espumilla del mismo color, llevando sujeto á la cintura un delantalcillo negro, orlado de puntilla.

El ayuda de cámara llamábase Blas, y era un mozo alto, de fisonomía límpia y despejada. Usaba pequeñas patillas, y sus ojos, de mirada burlona, guardaban armonía con su carácter festivo.

—Pues no dirás que trabajas mucho!—decíale la muchacha, miéntras que, diligente, manejaba el plumero, yendo de aquí para allá, en el lujoso saloncito que arreglaba en aquellos momentos.

—Pchist!—repuso Blas, haciendo un gesto de indiferencia, y estirando las piernas

en el sillon en que se hallaba arrellanado— Los criados debemos ser el reflejo de los ámos!

—Ya!—exclamó Rosalia, arrojando el plumero y aproximándose graciosamente á su interlocutor, con las manos metidas en los pequeños bolsillos de su delantal—Con que .... ¿Es decir, que podemos cruzarnos de brazos?

—Yo si; pero tú nó.

—Cómo! Pues estaria gracioso que el señorito lo pasara repantigao, mientras yo....

—Calla, chiquilla! Que por algo te llamas Rosa-lia. El dia ménos pensao ¡adios, Rosa .... que te las *lías!* Pues, tontuela! ¿No eres tú la que tiene mejor parte aqui? El señorito te regala.... a se ve....Eres tan....tan....

—¿Campanas tenemos?

—No; pero....vamos! Tú eres tan... tan regalona con el señorito....Como que las mujeres saben lo que se pescan, y....Á buen seguro, que nunca incurres en su desagrado.

—Ya se ve que nó; pero es, porque yo pongo todo mi empeño en que las cosas queden á su gusto y.... ¿Á que tú harás lo propio? ¿Verdad?

—Chica, chica.... ¿vamos á mentir los dos?

—¡Cómo se entiende!

—Pues es claro! Como que yo hago lo mismo que tú.... En habiendo *guita*.... lo que es por nosotros el amo no grita! Mira! Hallé un consonante de primera fuerza!

—Lo único que te faltaba ahora era meterte á poeta!

—¿Y qué te has figurao tú? Si no lo hago, es porque....

—¿Porque te falta chispa?

—No, hija, no. Es porque yo soy muy hombre de bien....y no me gusta mentir, vamos!

—Mentir?

—Claro! Anda! ¿Tú crees que todo lo que dicen esos visionarios, es verdad? Quiá!

Si dicen cada embuste, que tiembla el menisterio!

—Pues dicen cosas tan bonitas, tan.... tan....

—¿No te gustan las campanas, y estás repicando?

—¡Y hablan tan en lo cierto!

—Como que á todas las mujeres les dicen hermosas! Pues no había de gustarte á tí eso!

—¿Crees tú que sería mentira, si á mí me lo dijeran?

—Y á mí?

—Cómo!

—Y yo? Dí?

—Vamos! vamos! Ya empiezas con el estrebillo de: "¿y á mí?" "¿Y yo?" Créelo! Me fastidian esas tonteras. No se puede hablar contigo sériamente. Jesús! Eres un topo!

—Y tú?

—Anda! Anda!

—Ven acá, mujer! No te enojes. Hablemos del señorito.

—Del señorito?

—Sí, hija, sí. Dime: ¿No has notado tú algo de extraordinario en él?

—Yo? No!

—Pues, yo sí. Y á mí se me ha metio en la cabeza, que trae entre manos algun lío.... que solo Dios sabe los malos ratos que le dará.

—Yaaa!... Vaya! Eso no son más que *infúndios* tuyos. Pero.... Calle! Anoche.... Ahora recuerdo! contemplaba extasiao un blanco pañuelo de batista, adornao de encajes. No hay duda que es de mujer, y de mujer de mucho rango.

—Como que no camela más que á marquesas, duquesas y principesas, y.... Pero, tú.... ¡es claro! Luego verías bien el pañuelo; lo tendrías en tus manos, y....

—Ya se vé! Una es curiosa y... Aproveché un descuido del señorito, y ví que el pañuelo tenía una letra.

—¿Cuál?

—La E, primorosísimamente bordada.

—La E? Bien podrá ser.... Eduvigis? Epifania? Emeteria? ó Eusebia?

—Jesús! Jesús!

—Qué?

—Que así se llamaron tus tías.

—Yo no tengo más que tios. ¿Estás tú?

—¡Pues digo! Vaya unos nombres, que ya no se usan.

—Ignoraba yo que tambien había moda en eso de los nombres.

—Pero no comprendes, estúpido!...

—De nada.

—Que mi señorito solo puede enamorarse de una Edelmira, ó Enriqueta, Elvira ó Elisa....

—Ta, ta, ta! Son muchas mujeres para un hombre solo.

—Por lo visto, no se puede hablar contigo.

—Concluiremos, como siempre.

—No, que no concluiremos nunca!

—¡Pues no se le ha puesto á esta mujer de mis pecaos, que el señorito no puede enamorarse de una que lleve un nombre feo! Quita allá! Pero si el nombre no viene á

cuento. Una mujer que se llame Angela, pongo por caso, bien puede ser un demonio con faldas, y de seda, si me apuras mucho.

—Sí; te veo!

—Pues no me has de ver, si estamos juntos.

—Ya quisieran muchos ocupar tu puesto.

—Toma! No es poco presumía la moza! Y de veras que dices lo cierto. Valiente cuerpo!

—¿Verdad?—dijo Rosalía, contoneándose.

—¿Vamos á mentir los dos?

—Vaya! Ya apareció aquello....

—Lo que sí es verdad, que esto va de mal en peor.

—Qué?

—Todo va mal. El señorito derrocha mucho dinero. Así las mejores fortunas se vienen al suelo. Luego.... hablando en concencia, el señor conde no es muy santo, que digamos.

—Nosotros no tenemos queja, ni motivo de....

— No digo que no, sobre todo tú.

— Pues.

— Nada! nada! Nosotros pasamos la gran vida; pero.... yo sé de ótros que lloran por culpa del señorito.

— De *otras,* querrás decir!

— Justo! De otras. Pues digo, si estás enterada de....

— Sí, como tú. Merecemos, á veces, la confianza del señor conde, y...

— Cuando está de humor. A fe, que no envidio á la prójima que le cautive.

— Eres mal pensao.

— Como si no supiéramos lo que es el amo!

— Pero el ser galante con las mujeres....

— Calla! Calla! Ser galante, es una cosa, y ser infame, es otra.

— Silencio! por Dios!

— Es que ya me escuece tanto chisme- y tanto tapujo.

— Pero es menester callar.

— Callar?... Sí, dices bien; pero no sin provecho. Oye, chica!

— Dí!

—Te gusto?

—Vamos! Vuelves con otra broma?

—No. Ahora hablo en serio: ¿Te parezco simpático?

—Así, así. Si no fueras tan torpe!...

—Torpe yo?

—Claro! Como que no te parezco bonita, cuando todos me lo dicen.

—Lo dirán. No te lo niego. Pero no lo sienten tanto como yo, que me lo callo.

—Hola! hola! Esas tenemos?

—Sin rodeos. Dí ¿serías mi mujer?

—Por qué no? Pues ya se ve que sí ¿Para que está una en este pícaro mundo?

—De veras? Ah! ¿Me quieres? Sí? Dímelo dos veces.

—Ya lo óyes.

—Pues, gachona mía, me quedo con tu salero! Para la pascua, mos casamos.

—Alto ahí, señor Blas! Todavía semos muy pobres.

—No lo creas, prenda! Mis ahorrillos nos alcanzan para vivir á lo príncipe en el pue-

blo donde nacimos! Y que lustre nos vamos á dar, chiquiya!

—Oh! ¿Qué me cuentas?

—Calla! Aun podemos hacer más. Esperemos un poco. Pero, Rosalía! cuidado con el señorito! Mira que no tengo sangre de horchata, y que no he de oir en calma los chicoleos que....

—¿Y los ahorros, tonto?

—Tienes razon, muchacha, tienes razon! En fin, haremos la vista gorda.

—Vaya! Razon tenias en decir cuando asegurabas que los criados son el reflejo de sus amos.

—Lo dices tú por....

—Por tu sana moral.

—Anda! Anda! que vales un Perú!

Y aquellas dos buenas piezas continuaron haciendo castillos en el aire, forjándose planes quiméricos, y gozando desde luego con los rumbos que pensaban darse cuando la bolsa estuviera bien repleta de cuartos.

Al servicio del conde no podia haber sino tunos de esta especie.

Hubiera sido árdua empresa pretender hacer brillar la luz diáfana de la virtud en el antro sombrio del vicio.

El vaso de rica fragancia trasmite á todo cuanto le rodea el aroma que contiene; pero ¡ay! tambien existen esencias que matan, y que impregnan con su veneno mortífero todo cuanto á su contacto llega!

La amistad de Renato con Alberto de Soldevilla tenia fácil explicacion.

Habíanse conocido en una comida familiar, dada por uno de los amigos de Alberto. Este, alejado del bullicio del gran mundo; entregado por completo á su trabajo intelectual, que absorbia la mayor parte de su tiempo, no estaba al cabo de las aventuras ruidosas, ni mucho ménos de los díceres maliciosos que corrian de boca en boca, haciendo la *apología* de los *elegidos* de la fortuna, que como el conde, llevan una existencia disipada y licenciosa.

Renato—por uno de esos fenómenos psicológicos que se conciben por el encanto irresistible de la virtud—simpatizó con Al-

berto, prometiéndose frecuentar su trato y cultivar su amistad.

El jóven pintor, gustoso, aceptó en el acto aquel afecto espontáneo, que parecia demostrarle el conde. Y sin recelos hablóle con la sinceridad que le era proverbial.

Entabladas ya las relaciones recíprocas, no tardaron en chocarle á Alberto las ideas y las tendencias de Renato. Y sintió verdadera amargura cuando llegó á ver claramente la aridez de aquella alma, y las fealdades que se anidaban en su seno.

Algunos amigos oficiosos pusiéronle al corriente de la vida del conde. Y Alberto comprendió entónces que entre Renato y él no podía mediar lazo alguno de íntimo afecto. Pero un pensamiento noble brotó en su alma recta: creyó que con su contacto podría sofrenar aquella corriente impetuosa, que se precipitaba al abismo, sin dique alguno que la atajara. Pero ¡ah! él olvidaba que no hay valla que contenga el mar desbordado, y que si éste vuelve mansamente á su cauce, no tarda en revolverse en su fondo,

precipitándose proceloso, en gigantescas olas, que estallan con estrépito contra las duras rocas.

La relacion de Alberto y el conde, coincidió con el nuevo sentimiento que la presencia de Enriqueta había despertado en el corazon del jóven artista.

Alberto amaba. Y el amor no puede ocultarse cuando se ha posesionado del alma. Es como el perfume de la violeta: aunque oculta esté la denuncia su fragancia, que embalsama la atmósfera en que vive.

Renato descubrió lo que Alberto creía un secreto. Y fué entonces que éste supo los vínculos de amistad que ligaban al conde con la familia en cuya casa vivía su amada.

Por haber prestado algunos servicios generosos el difunto esposo de Doña Marcela al padre de Renato, éste últimamente mantenía relaciones amistosas con la viuda, siguiendo la costumbre del viejo conde, que había visitado siempre aquella casa con preferentes muestras de aprecio.

Al principio, las visitas de Renato eran

tardías; pero luego, y á medida que las niñas de Doña Marcela crecían, y se trasformaban en mujeres hechas y derechas, el conde se dejó ver más amenudo, hasta que sus visitas llegaron á ser frecuentes.

No dejaba esto de alarmar á la señora Marcela. Conocía al dedillo la historia galante del jóven conde. Y la presencia de éste bajo su honrado techo, sobre ser un peligro constante, daba pábulo á la maledicencia en menoscabo del buen nombre de la respetada señora.

Puede comprenderse ya que, con estos antedentes, no vió doña Marcela con muy buenos ojos la asistencia de Alberto á su casa. Pero cambió bien pronto de opinion, pues el jóven pintor, desde un principio, se produjo tan correctamente, que por el momento no abrigó recelo alguno acerca de él.

Quedábale á la buena señora la inquietud que le producía la visita de Renato. Y esta zozobra subió de punto cuando el conde se reveló abiertamente entusiasta adorador de Berta.

Doña Marcela no disimuló su enfado, y, llamando aparte á su hija, se le opuso irrevocablemente á que aceptara los galanteos del conde.

Berta, que soñaba con la corona condal, y que amaba ya á Renato, hizo algunas objeciones á su madre. Pero bien pronto vióse obligada á callar ante la severa é inflexible actitud de la autora de sus dias, que le negaba tenazmente su asentimiento

El amor es fuego, tanto más abrasador cuanto mayor es el empeño por extinguir su llama. Y cuando la desmedida ambicion le alimenta, la chispa entónces conviértese en incendio voraz.

Y esto precisamente aconteció á Berta.

El conde nada inexperto en las lides amorosas, comprendió al punto que, sin esfuerzo alguno, la victoria sería suya.

Pero las fáciles conquistas para hombres como Renato, eran así como salsas mal aliñadas, y era menester mucho picante para estimular su apetito.

Y como nada hay más apetecible que el

fruto vedado, para hombres de ese jaez, he aquí cómo el conde, cautivo de ese deseo, sintió en el pecho extraños afanes por obtener los favores de Enriqueta, la inocente novia de Alberto, quien, agena á los pensamientos que se agitaban en aquella alma, que se revolvía en el lodazal del vicio, entregábase á todos los encantos que le brindaba el amor honesto y puro de su prometido.

La mujer es perspicaz por naturaleza; pero lo es más cuando la malicia y la maldad han cautivado su alma.

Berta comprendió fácilmente las sensaciones nuevas que se levantaban en el corazon de Renato, y redobló su cautelosa prevision, á modo de prudente general, que, á la aproximacion del enemigo, toma sus medidas extratégicas para no verse derrotado en sus propias trincheras.

Su prevencion por Enriqueta crecía de punto. Y el despecho hizo amontonar en su alma negros nubarrones, que iban, paulatinamente, formando terrible tempestad, que pronto estallaría.

Renato tenía sobrado dominio sobre sí mismo, para no dejar entrever á Alberto lo que pasaba en su alma.

Lo que para Berta fué trasparente cristal, tras el cual vislumbró su mala suerte, fué, sin embargo, para el jóven artista, impenetrable velo, que le ocultó amañosamente la perfidia de su falso amigo.

Enriqueta, llena de sobresaltos, no vivía, pensando en el riesgo que correría, si Alberto llegaba á apercibirse de las intenciones aviesas del conde.

—¡Dios mio! se decía á solas, vertiendo raudal de lágrimas—Soy silvestre flor, nacida entre malezas, y he crecido ignorada, desplegando mis tristes pétalos sin mas rocío que el de mi propio llanto.

¿Por qué, Dios mio, háse fijado en mí ese hombre, que me hace temblar?

¿Por qué quiere arrebatarme el cariño de mi Alberto?

¿No le brindan sus aromas flores ricas de fragancia, que engalanan los salones?

¿Por qué no elije la soberbia camelia, que

en su tallo se iergue altiva, en busca de los halagos para que ha nacido?

¿Y por qué ¡triste de mi! fija sus ojos en la ignorada margarita, que no espera, ni quiere otro goce, que el inocente beso puro de la brisa, y el diáfano rocío de la aurora?

¡Pobre niña! Cuán cándidamente piensas!

¿Ignoras tú, por ventura, que la flor que se ostenta ufana, no despierta los deseos de la que, fragante, ocúltase en desconocida selva?

Y el deseo impúdico, es lava ardiente, que abrasa cuanto se opone á su paso. La tempestad que ruge en el pecho, es fuego, que se agita en el seno del volcan, y ... ¡Ay de tí, si tus nevadas alas llegan á quemarse...!

El velo desgarrado no vuelve á flotar puro y trasparente como diáfano celaje. Los girones de la honra son pedazos arrancados al corazon!

¡Guárdate, inocente niña! Que el rocío de perlas que vierten tus ojos, puede trocarse en lluvia de fuego, trasformando en infierno el delicioso paraíso de tu alma!

....

VII.

CELAJES SOMBRÍOS.

El nuevo dia asomábase encapotado.

Plomizos nubarrones cubrían el horizonte, amenazando próxima tempestad deshecha.

El calor era sofocante, y la pesadez de la atmósfera parecía tambien oprimir los ánimos predisponiéndolos al temor y á la zozobra, como presintiendo un mal, que se espera, y que no se sabe de donde provendrá.

En el salon de estudio de la casa de doña Marcela, se hallan reunidas tres personas.

Matilde, junto al balcon, completamente abierto, parece dispensar toda su atencion al arreglo de una preciosa jardinera, car-

gada de vistosas flores. Pero su ocupacion parece ser tan sólo un subterfugio para dejar en libertad á Alberto y Enriqueta, los cuales, al otro extremo de la habitacion, conversan en voz baja, sentados, el primero en una butaca y la segunda en una banquetilla.

Alberto habla con marcados signos de creciente entusiasmo, miéntras que Enriqueta, con la cabeza ligeramente inclinada sobre un bastidorcito, que descansa en sus faldas, le escucha con visibles muestras de arrobamiento.

—¡Amada mía! — murmura, cojiendo una mano de Enriqueta y estrechándola con ternura — Cesen ya tus temores. ¿A qué torturar la mente y desgarrar el corazon pensando en lo que quizá no acontezca?

—¡Ay! ¡Alberto!—prorrumpió Enriqueta. —En vano quiero desechar mis pensamientos. ¡No puedo! Siento oprimido el corazon, y algo asi como un presentimiento fatal, que...

—¡Calla! ¡calla! Que tus palabras me hacen daño, y adivinando lo que sufres....

— Alberto!

—¡Alma mía! Dí: ¿No te basta para alejar tus tristes ideas el inmenso amor, que, para tí atesora mi pecho?

Escucha.

No pienses más que en nuestra próxima dicha.

Entre tú y mi madre, ¡cuán feliz voy á sentirme, Enriqueta mía! Desde el instante en que te conocí, la inspiracion parece que bulle en mi mente con gigante fuerza creadora. Y es que la llama inmensa de tu cariño difunde toda su luz en la existencia mía! Me miro en el cristal de tus ojos, y veo en él retratada mi alma, que, afanosa busca la tuya, para confundirse en vínculos de amor eterno!

Enriqueta! Sin tí no quiero dichas, nombre, ni gloria!

Por tí quiero fortuna, honores, y triunfos, para depositarlos á tus plantas, cual ofrenda humilde de mi cariño imperecedero á tu amor infinito.

—Alberto! Cuán venturosa me haces!

—Olvida todos tus temores, ángel mio,

que, amándome tú, yo desafiaré todos los peligros del mundo entero.

—Sí, sí, Alberto! Mi amor nunca te abandonará. ¡Ah! Sí, tú eres para mi alma lo que para el cielo es el sol que le inunda con su luz! Sin tí, fuera mi existencia lóbrega noche. ¡Ay! No vieran nunca mis ojos las rosas del cariño, que bordan la trabajosa cuesta de la vida!

— Tú serás en mi santuario la flor más pura de mi inspiracion artística.

— Quiero ser la alondra que cante alegre tus venturas.

— Serás el incienso que perfume el altar de mis amores!

— Alberto! Allá, junto á tí, entregada á mis labores, y viéndote trabajar con afanoso ahinco, ¡qué bellas se deslizarán las horas de nuestra vida, amándote y amando á la venerable anciana que te diera el sér, y que, cual ángel custodio, velará solícita mi existencia y tu existencia ¡Ah!...

— ¡Bendita mil veces seas, Enriqueta mia!

— Oye, Alberto: tengo un deseo que....

más que deseo, es imperiosa necesidad del alma mía!

—Dí! habla!

—Ello es, que de Margarita no quisiera separarme....

—La llevaremos con nosotros. ¡Es tan merecedora de que se la quiera!

—Es tan buena, la pobrecita! Ya te he hablado de ella muchas veces. No puedes tú imaginarte cuánto la amo!

—Es muy justo tu afecto para con ella, Enriqueta mía! Hizo contigo las veces de madre, y nada más natural ni lógico.

—Oh! sí! Ha tenido por mí todos los desvelos, todos los anhelos, que tiene una santa madre por la hija de sus entrañas! Olvidábase de sí misma por pensar en mí! Y ¡cuántas veces ha incurrido en el desagrado de doña Marcela por su afan de serme útil! ¡Con qué pagaría yo abnegacion tanta!

—Y ahora, que nombras á doña Marcela, ¿No has notado cierta frialdad de parte de ella hácia mí?

—No, no lo he advertido.... serán figuraciones tuyas, querido Alberto!

—Quizá. Pero pienso que doña Marcela, de unos dias á esta parte, no me mira con buenos ojos. ¿En qué podré haberla agraviado? No acierto....

—Querida Matilde!— exclamó Enriqueta con ánimo de distraer á su prometido de las ideas que le embargaban —Parece que el cielo barrunta agua.

Matilde, que aun seguía en el arreglo de la jardinera, volvió graciosamente la cabeza y repuso:

— Tendremos una tormenta deshecha. — Y, cambiando de tono, agregó: — Y Margarita no está en casa!...

— Cómo! — exclamó Enriqueta, alzándose nerviosa de su asiento, — ¡Ha salido en un día como éste!

— Sí, amiga mía, y desde muy temprano.

—Dios mio! Si estallará la tempestad antes de que ella vuelva....

Y, aproximándose al balcon, se asomó, consultando el horizonte con la mirada.

Alberto y Matilde siguieron sus huellas.

— No creo que esté tan próxima la tormenta — murmuró Alberto. — Y luego, ella, en viendo la tempestad que se prepara, volverá presto.

— Y yo no la he visto hoy — repuso, pesarosa Enriqueta, sin dejar de mirar hácia fuera. — Dos veces fuí á su cuarto, y lo hallé cerrado, y no quise incomodarla llamando. Sabía que anoche se habia recogido tarde, y supuse que descansaría.

— Y cuando salió — replicó Matilde — noté recientes huellas de llanto en su rostro.

— Pobre Margarita! Hace dias que la noto más triste que de ordinario.

Y al decir esto, Enriqueta enjugó dos lágrimas, que silenciosas resbalaban por sus mejillas.

—Enriqueta! por Dios! No te apenes — exclamó Alberto en tono suplicante.

—Hermana mia! Desecha tus temores — repuso á su vez Matilde estrechando las manos de Enriqueta. — Ya sabes que desde la noticia de tu casamiento, Margarita se ha

sentido verdaderamente emocionada. Quizá el temor de la separacion....

—Pero si le he suplicado, anegada en llanto, que se venga á vivir conmigo, así que se realicen mis bodas y se ha negado!

—Se negó?

Sí. Y ha proferido palabras tan inusitadas, tan extrañas para mí, que en vano he reflexionado después. No sé á qué atribuir su conducta.

—Verdaderamente. En la dolorosa historia de esa pobre mujer hay un misterio, que la mata. Su constante pena, sus palabras, á veces enigmáticas, revelan bien á las claras, que en su pecho guarda un secreto que no le es dado revelar á nadie.

—Sí. No te engañas, Matilde. Algo de eso me ha dicho ella misma, y....

—Quizá—dijo Alberto—sea víctima de sus propias cavilaciones, y lo que ella juzgue un mal irremediable, sea, por el contrario, de fácil solucion. ¿Por qué no intentas tú, Enriqueta, llevarla al terreno de la más

ámplia confianza, sin violencia, para explorar su ánimo.

—Oh! Ella para mí no tiene reservas de ningun género. Matilde conoce muy bien todo el amor que Margarita me profesa.

—Es muy cierto—repuso la jóven—y nunca ha desperdiciado la ocasion de probar la sinceridad de ese afecto.

—Y sin embargo....

—Si! Y á pesar de todo su amor, y de no ocultarme sus más intimos pensamientos, ha guardado silencio cuando he querido interrogarla sobre ese punto, ó me ha suplicado que no intente inquirir lo que no le es posible revelarme. Muy poderoso debe ser el motivo que la obliga á callar.

—Y ahora, sale muy frecuentemente—dijo Matilde.

—Sí. Tiene unas amigas, Soledad y Rosario, que viven en la calle de la Montera, número.... Ella así me lo ha contado. Parece que han sido compañeras desde la niñez. Conozco la casa por haber pasado por allí en compañía de doña Marcela.

Y al hablar de esta suerte, Enriqueta volvió á mirar hácia la calle; pero al hacerlo, palideció repentinamente y de sus lábios escapóse esta exclamacion:

—¡Mi padre!...

Alberto y Matilde siguieron la direccion de la mirada de Enriqueta, vieron efectivamente entrar en la casa un hombre, que caminaba apresuradamente, y con la cabeza baja.

Matilde le reconoció en el acto.

Las dos jóvenes, despues de cambiar una mirada de sobresalto, guardaron silencio profundo.

Alberto no se atrevió á romper aquel mutismo, y sintió que su corazon palpitaba con fuerza desconocida.

—Animo!—balbubeó muy quedo Matilde—Ha llegado por fin el momento tan ansiado: el de la prueba.

—Dios mio!—exclamó Enriqueta—dadme valor!

—Amada mia!—murmuró Alberto,—va á decidirse de nuestra suerte. Y si el des-

tino aciago quisiera negarme la dicha por tanto tiempo esperada.... Ah!

—No concluyas, Alberto! Ten fe en mi cariño. Si mi padre se opone á nuestra union pondremos nuestra suerte en manos de la Divina Providencia, y confiados esperaremos su fallo inapelable. Mi cariño no se extinguirá sinó con el último latido de mi corazon!

—Y yo te juro, Enriqueta mia, que mi pecho no vacilará. Y si por desdicha resultaran ciertos tus temores, hablaré á tu padre con todo el ardimiento de mi alma enamorada, y mis palabras lograrán moverle á compasion.

Iba á continuar su discurso Alberto, cuando entró Berta de improviso á la habitacion, y dirigiendo una mirada investigadora á los tres jóvenes, en alta voz exclamó:

—Podeis ya pasar todos al salon. Mamá os aguarda en compañía de don José.

Y, esperando el efecto de sus palabras, se asombró de que no causáran la impresion que era consiguiente.

— Parece que no os sorprende la nueva — dijo, examinando minuciosa y alternativamente con la mirada el rostro de Alberto y Enriqueta.

— Ya lo sabíamos — repuso Matilde, mostrando á su hermana un gesto harto significativo.

— ¿ Ya ? — preguntó con extrañeza — ¿ Quién podrá habéroslo dicho? Porque los criados no han pasado á estas habitaciones y.... en cuanto á Margarita.... salió temprano, quizá para no volver más.

—Qué dices?—balbuceó Enriqueta inmutada.

—Que como mamá díjole esta mañana á la institutriz que ya no necesitaba de sus servicios....

— ¡Margarita despedida ! — dijo Enriqueta, cubriéndose el rostro con ámbas manos.

— ¡ Imposible ! — agregó Matilde— ¿ Por qué mamá habia de despedirla ?

—Porque la señora institutriz no nos hace ya falta ninguna — repuso Berta, con

maligna sonrisa y saliendo rápidamente de la habitacion.

—¡Por Dios!— exclamó Matilde, corriendo, en union de Alberto, á favorecer á Enriqueta, que desfallecia por instantes — Nada habrá de verdad. No olvides que Berta habla siempre inopinadamente y con atolondramiento.

—¡Oh! no, no! Las lágrimas que tú notaste esta mañana en el rostro de Margarita, su ausencia en un dia como este, en que va á decidirse de mi destino, todo me hace creer que, por desgracia, es harto evidente todo cuanto ha dicho Berta.

—Serénate—dijo Matilde, enjugando las lágrimas que inundaban el rostro de Enriqueta.

Alberto estrechaba una de sus manos, y, á su vez, decíale á la acongojada niña:

—Inquiriremos lo que haya de verdad, y confía en que todo saldrá á medida de tu deseo.

—Vamos pronto, que nos esperan—repuso Matilde.

Enriqueta hizo un supremo esfuerzo para ocultar su quebranto, y, dando el brazo á su amiga, salieron del aposento, seguidas de Alberto.

En aquel mismo instante, los bramidos de la tempestad dejáronse oir.

Gruesas gotas de agua empezaron á caer, y una que otra fuerte ráfaga de viento presagiaba el huracan.

Matilde y Enriqueta, á la salida de la habitacion en que tuvo lugar la escena descrita, se detuvieron amedrentadas.

—Mucho me temo—pensó la primera—que no sea ménos recia la borrasca que nos prepara ese hombre funesto.... ¡Pobre Enriqueta!

Las jóvenes continuaron su camino, entrando muy luego en el salon en donde esperaban el padre de Enriqueta y doña Marcela.

Esta hallábase sentada en una butaca, próxima al balcon, y cerca de ella veíase á Berta, que, con afectada indiferencia, daba vueltas á las hojas de un álbum.

Don José Montero paseaba de arriba á

abajo el salon, con los brazos cruzados.

Era Montero, alto. Ni grueso, ni delgado. Su rostro, de expresion dura, no acusaba ningun rasgo que le hiciera atrayente. Su tez era pálida, y sus pómulos salientes. Su cabellera corta y negra y muy espesa, usábala de ordinario en desórden. Tenía ojos pardos, hundidos, y las cejas muy tupidas. Su mirada era casi siempre huraña, y cuando fijábase en álguien era penetrante como hiriente dardo.

Usaba barba cerrada, muy negra. Y completaba su tipo, la nariz corta y gruesa, que imprimíale marcadísimo sello de repulsion.

En aquel instante, vestía pantalon y saco largo, color pasa, abotonado de arriba abajo.

El salon en donde discurrian estos personajes, era bastante grande, y adornado con gusto artístico. Mullida alfombra cubria el pavimento, y la sillería, armonizando con el entapizado de las paredes, ostentaba rica tela de seda, de color rojo oscuro.

Decorábanlo algunos espejos de grandes

tamaños, jarrones, plantas de ornamentacion, y pequeños sillones de fantasía, diseminados de acá para allá, como caprichosos juguetes de arte, destinados al regalo de sus dueños.

Alberto echó una rápida mirada á Montero. Y acto continuo volvió sus ojos á Enriqueta, pensando:

—Nadie diria que ese hombre es padre de esta encantadora niña. No hay un solo rasgo en la hija que denote conformidad con los del padre.

—Señor Montero—dijo doña Marcela, dirigiéndose al padre de Enriqueta, é indicando con un ademan al jóven pintor—preséntole al señor de Soldevilla, de quien ya tiene usted anticipadas noticias.

—Señor mio....—murmuró Montero, deteniéndose en sus paseos por el salon; pero sin que impulso alguno de cortesía le indujera á tender la mano al jóven, que se adelantaba hacia él con la suya en actitud de recibirla.

—Permítame, señor—exclamó Alberto,

retirando su mano con visible contrariedad por la descortesía de aquél —que celebre este momento tan deseado para mí, que me brinda la satisfaccion de conocer á usted.

—Y tú que dices?—repuso Montero, dirigiéndose á su hija, sin contestar las cultas frases de Alberto.

Enriqueta, que, desde un principio habia ido acercándose á su padre, con inseguro acento, murmuró:

—Papá: celebro mucho verte bueno, y....

La pobre niña cortada y llena de congojas, no acertó á decir más, y calló, bajando al suelo los ojos llorosos.

Matilde habíase contentado con saludar á Montero con una lijera inclinacion de cabeza, y fuése á reunir con Berta, afectando tambien mirar con atencion las figuras del álbum, que su hermana contemplaba.

Alberto, comprendiendo la clase de hombre con quien se las habia, y para librar á su amada de prolongada tortura, abordó la suspirada cuestion, sin rodeos de ningun género.

—Señor Montero: —dijo— Supongo que

la señora Marcela ya habrá impuesto á usted de mis pretensiones acerca de....

Calló Alberto, esperando contestacion á sus palabras. Pero Montero seguía mirando curiosamente á su hija, sin abandonar su postura. Es decir: con los brazos cruzados y sin dar señales de haber oido la observacion formulada por el amante de su hija.

A pesar de los hidalgos sentimientos de Alberto, y de su cultura nunca desmentida, la conducta de Montero comenzó á serle enfadosa.

Pero, reprimiéndose en obsequio de su amada, el apuesto jóven, continuó:

—Amo á su hija de V., la señorita Enriqueta, y experimento el más grande de los placeres al solicitar su mano. La evidencia de que ella corresponde á mi cariño, me impone el deber de consagrarle todos los momentos de mi vida.

Don José Montero levantó su cabeza con lentitud, y mirando á Alberto desdeñosamente, repuso:

—Ya sé que V. ama á mi hija, y tambien que la desea V. en matrimonio.

—V. no me negará la mano de ese ángel. ¿No es verdad, señor?—dijo Alberto, dando un paso hácia su interlocutor.—Soy artista. Vivo en union de mi buena madre, y mi trabajo produce lo bastante para ofrecer á la mujer elegida una existencia cómoda, ya que no lujosa.

Montero volvió á sus habituales paseos, y su semblante adusto tornóse más sombrío que de ordinario.

Doña Marcela miraba de hito en hito la escena que se desarrollaba. Matilde y Berta contemplábanla tambien de vez en cuando, asomándose al rostro de la primera dolorosa angustia, y maligna alegría en la segunda.

Enriqueta habíase sentado á corta distancia de doña Marcela. Y Alberto, como nadie le había invitado á que tomara asiento, permanecía de pié, apoyado el brazo en el mármol de la chimenea.

Los bramidos de la tempestad se acen-

tuáron más y más, y hübo momentos en que casi no se oía lo que se hablaba.

Por el balcon penetraba la luz fugitiva del relámpago, que iluminaba el salon por instantes, alarmando á las señoras, que, obedeciendo á irresistible impulso de temor, cerraban los ojos apretadamente.

A pesar de la tirantez de la situacion en que se hallaba, Enriqueta suspiraba por Margarita, cada vez que un nuevo empuje de la tormenta hacía retemblar ruidosamente los cristales de las puertas y ventanas.

Matilde murmuró muy quedo al oido de su hermana:

—La calma que aparenta don José, dadas las condiciones de su carácter violento, mucho malo me hace sospechar.

—Bueno, ó malo, que acabe cuanto antes! ¡Vaya una comedia ridícula! —repuso Berta.

—Pues señor! —dijo Montero, aproximándose á Alberto, restregándose las manos, y con una sonrisa equívoca. —Yo siento mucho no poder complacer á V.; pues tengo

respecto de mi hija mis ya realizados proyectos. Debo casarla con un antiguo compañero mio, hombre de fortuna y de provecho, á quien la tengo prometida, desde mucho tiempo ha. Y aun cuando no mediara este compromiso, mi hija se ha de casar con quien yo quiera, y nada más.

—Dios mio! —murmuró Enriqueta, ocultando el rostro entre las manos.

Matilde corrió junto á su amiga, y trató de prodigarla sus consuelos y sus caricias.

Una ráfaga de íntima alegría cruzó por el pálido rostro de Berta, y, abandonando el álbum, prestó toda su atencion á lo que iba á decirse.

Doña Marcela permanecía callada, y sin que su rostro revelase otro sentimiento que una frialdad aparente.

Alberto, pálido y con acento embarazoso por lo anormal de su situacion, replicó al padre de su adorada Enriqueta:

—Señor! Al producirse así no ha tenido V. en cuenta el amor que liga el alma de su hija á mi propia alma! Vea V., por Dios,

que causa la eterna desventura de ámbos!

—Ea! Basta!—exclamó Montero, irguiéndose, y dejando oir su voz áspera y fuerte.—Soy dueño absoluto de la voluntad de mi hija, y no tengo por qué dar á V. explicacion de mis actos, ni ménos admitir observaciones de V., ni de nadie! ¿Lo entiende bien?

—Permítame, sin embargo, que le observe, que si es la fortuna á lo que V. aspira, fije V. la cantidad, que yo sabré conquistarla, trabajando noche y dia con fervososo anhelo.

—Fortuna? Ca! No se improvisa en un dia, ni....

—Enriqueta y yo confiadamente esperamos en la bondad de V.

—He dicho ya que no! Y hemos concluido! Se casará con el hombre que yo le destino, y nada más.

—Señor don José! El dinero no es el portador de la dicha!

—¿Es decir, que V. insiste?—exclamó Montero con rabia.

—Y cómo no he de persistir, si me arrebata V. en una hora la soñada ventura del alma mia!

—Nada tengo yo que ver con V.!

—Padre mio!...—exclamó Enriqueta, tendiendo sus brazos hácia él, en ademan suplicante.

—Es inútil! Ya me conoces tú. Se ha de hacer lo que yo mande, y nada más!

—Don José!—dijo Matilde, intercediendo en favor de sus amigos.

Y Montero, haciendo caso omiso de cuanto se le decía, continuó:

—Has de prepararte, porque emprenderemos viaje, muy pronto. ¿Lo has oido?

—Dios mio!—murmuró entre lágrimas Enriqueta.—Puede V. disponer lo que guste, que mi deber es obedecerle; pero respecto de mi amor, ah! nada podrá borrarle. Juré á Alberto, por la memoria sagrada de mi santa madre, que mi cariño jamás le abandonaría, y moriré esclava de mi juramento, antes de ser la esposa de otro hombre!

—¡Qué lenguaje!...—gritó Montero.—¡Ay de tí, si persistes...!

—Padre! El amor que profeso á Alberto, me da valor para hablar así. Pero..... —continuó la jóven—tú accederás, padre mio! Alberto es bueno, laborioso y honrado. Y yo le amo, ¿porqué no ha de ser mi esposo? Por qué...?

Montero, asombrado de que Enriqueta, tan tímida, tan obediente de ordinario, se produjera así, contuvo los arranques de la rabia que ardía en su pecho, y díjole:

—Por qué? Porque quiero entregarte á un hombre de fortuna; porque he de ver realizados mis deseos de siempre; porque.... oro, oro es lo que vale, y nada más que el oro!

—Es decir—interrumpió Alberto, olvidando sus propósitos de prudencia—que Enriqueta se verá obligada á entregar su mano, en cambio vil de un puñado de dinero, desgarrando fibra por fibra el corazon!... Ah!... y quizá destinada á un

hombre indigno de poseer el tesoro de sus virtudes!

—Oh!—exclamó Montero en el colmo de la ira.

Y ciego de furor, en actitud hostil, se abalanzó á Alberto.

Este, sin inmutarse, no retrocedió ni un paso.

Matilde se interpuso, miéntras Enriqueta desfallecía á la vista de tamaño desafuero.

Montero volvióse á su hija, y, cojiéndola fuertemente del brazo, la sacudió con violencia, y enronquecido por la cólera, gritó:

—¡Ay! Pobre de tí!—Y á su oido, murmuró—A mis manos morirás, si desacatas mi mandato!

—Dios de las misericordias!—sollozó la jóven. Y sintiendo que la pureza de su cariño le daba alientos, con heróica resolucion dijo:—Moriré! Pero mi amor será siempre del hombre elegido de mi alma!

Un sordo rugido se escapó del pecho de Montero, y oprimiendo más y más el deli-

cado brazo de Enriqueta, esta exhaló un grito de dolor agudo.

Alberto, pálido, trémulo de indignacion, quiso abalanzarse sobre ellos; pero Matilde, cual ángel custodio, se opuso á su paso.

Doña Marcela, al grito lastimero de Enriqueta, había abandonado su asiento, y acudiendo en auxilio de la jóven, se interpuso entre esta y su padre, profiriendo esta especie de amonestacion:

—Don José! Refrene V. esos desbordes de su carácter, impropios de un hombre bien nacido!

—Es mi hija! Y puedo disponer de ella á mi albedrío. ¿Lo entiende V., señora?

—Se engaña V. lastimosamente, caballero!—objetó Alberto—No hay nada que justifique su conducta opresora. Y cuando se pisotean las sagradas leyes del corazon, vienen las del Código, en su defensa, aplicando ejemplar castigo! Y cuando la justicia de los hombres se ve burlada, tarde ó temprano, indefectiblemente, déjase sentir la justicia divina...!

—Silencio! Y salga V. inmediatamente de esta casa!—gritó Montero, desencajado el rostro por los estragos de la ira.

Alberto se aproximó á doña Marcela, y, en voz baja, díjole:

—¡Señora! Ninguna falta he cometido, y, sin embargo se me arroja de su casa como á un criminal. No quiero continuar replicando al señor Montero como se merece, por no afligir más á Enriqueta. Haga V. en su favor todo cuanto le dicte el sentimiento de justicia.

—Yo—dijo friamente doña Marcela—no tengo ninguna ingerencia en este negocio; y él es de suyo muy delicado para que me atreva á interceder en favor de nadie.

— Tan sólo por Enriqueta, podría V....

—Adios, señor mio!—Y despidiendo bruscamente al desairado amante, doña Marcela volvió á ocupar su primitivo asiento, dirigiendo al atribulado jóven una mirada de secreto enojo.

Berta sonrió complacida, murmurando para sí:

—¡No he trabajado en vano!

Alberto miró en torno suyo con desesperacion, y se dispuso á salir, llevando la muerte en el pecho.

Dirigió á Enriqueta una larga apasionadísima mirada, é iba á marcharse, cuando la jóven voló hacia él, y, abandonando sus manos en las manos de su novio, con acento que partía del alma, díjole:

—¡Vete, Alberto! Y díle á tu anciana querida madre, que el corazon de esta mujer infortunada sólo será para su hijo idolatrado!

Dos lágrimas silenciosas humedecieron el semblante del pintor, y, queriendo ocultarlas á la vista de su amada, inclinó la frente.

Enriqueta sintió caer en sus manos aquel llanto, testimonio elocuente de acendrado cariño, y trastornada por la lucha de sentimientos encontrados que sostenía su corazon, vió alejarse á Alberto, que lentamente abandonaba el salon, con vacilante paso.

Montero, con evidentes señales de des-

precio, daba las espaldas á esta escena dolorosa.

Al ausentarse el jóven artista, Enriqueta sentía que el ánimo le abandonaba; apoderóse de ella el temblor nuevamente, y tornó á ser la niña timida de siempre. Y cuando su padre le dijo — " dentro de unos dias partiremos, " —ella no supo qué replicar, é inclinando la cabeza, derramó lágrimas á torrentes.

Matilde enlazó su brazo con el de su amiga desdichada, y abandonaron pausadamente el salon.

La tempestad desencadenada por completo, rugía como monstruo acorralado.

Doña Marcela meditaba. Y Montero proseguía sus paseos por el salon, en tanto que formulaba entre dientes sordas amenazas.

Y Berta sonreía . . .

VIII.

LA CELADA.

Margarita ya había vuelto de la calle, y su primer pensamiento fué para Enriqueta. Preguntó por ella á Matilde, é impuesta rápidamente de todo lo ocurrido, afanosa, acercóse á la pobre niña, que yacía en su lecho, presa de mortal angustia, para prodigarla sus consuelos y sus caricias.

—¡Ay! Margarita del alma! — sollozó Enriqueta, al verla penetrar en su aposento, seguida de Matilde.

Margarita la estrechó en silencio contra su pecho, y así la retuvo por largo tiempo, vertiendo ámbas inconsolable llanto.

Y luego, sentándose al borde de la cama, cariñosamente le dijo:

—¡Vamos! Valor, hija mía! todo se conciliará. ¿Crees tú que la perseverancia y el amor de Alberto no lograrán vencer la resistencia tenaz de tu padre?

—¡Cuán equivocada estáis! Vos no conoceis el autor de mis días. ¡Ay! Es inflexible, inexorable, y fuera capaz de dejarme morir á solas antes que ceder de su capricho!

¡Dios mio! Dios mio! Yo voy á morir, sí, á morir de dolor!

—¡Enriqueta mía! — murmuró Margarita con acento trémulo — ten confianza en el Sér Supremo, y ruega á su Santa Madre, que te oirá. Ten fe, recobra tu perdida serenidad, que los dolores, como las alegrías, tienen su término prefijado en este mundo. Aun brillarán dias serenos para tu alma dolorida, y, enjugadas tus lágrimas, asomará á tus labios la sonrisa de la esperanza.

—¡Pero sin Alberto no hay felicidad posible para mí!

—¡Oh! ¡no, no! Será con Alberto. Tu

dicha y su dicha, las dos confundidas, como se confunde el perfume de dos flores en una sola y pura esencia.

—Cree lo que dice Margarita—repuso Matilde con cariñoso interés—Dias vendrán de júbilo y de ventura sin igual.

— ¡En vano os esforzais por consolarme! ¡Ya lo veis! Mi padre quiere partir, llevándome consigo á lejanas tierras.

—¡Llevándote! ... —prorrumpió Margarita, poniéndose súbitamente de pié.

—Si! Pero .... Ahora que recuerdo—por un momento me había olvidado—¿Es cierto que doña Marcela...os ha despedido?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Berta.

—Oh! ... Si. Me ha despedido, dándome tiempo para que busque donde estar.

—Oh! ¡Margarita!—exclamó la buena Matilde, cubriéndose el rostro con las manos.

—Mi querida niña, y tú Enriqueta, vamos, no lloreis, que vuestra pena me hace horrible daño.

—Pero ¿á dónde habeis de ir, sin conocer

á nadie? Vinísteis tan jóven, al decir de mamá, á esta casa....

—¡Alejaros de nosotras, que tanto os amamos, y sin tener el consuelo de veros! ¡Ah! Yo no podré vivir, lejos del círculo de mis afecciones.

Y Enriqueta redobló sus lágrimas, dando salida á los suspiros angustiosos de su pecho.

—Vas á enfermar, Enriqueta — dijo Matilde, acariciando los cabellos de su amiga.

Margarita, que habia vuelto á sentarse junto á la inconsolable niña, tomando sus manos para estrechárselas efusivamente, díjole:

—Escucha: viviré con mis amigas, Rosario y Soledad; pero tú, Enriqueta querida é inolvidable, correspondiendo á mi cariño intenso, me impondrás de cuanto te acontezca; me harás saber donde te conduzca tu padre; me escribirás siempre, siempre, confidencialmente, trasmitiéndome las sensaciones de tu alma bella. Pero.... no se lo digas á tu padre; ten cuidado en ocultar tu

correspondencia, hija mia, que fuera capaz de....

—Sí, sí; vuestras palabras me dan dulce consuelo. Mi padre nada sabrá.

—Y yo te contaré cuanto sepa de Alberto. Y así, aunque distantes nuestras almas, vivirán unidas, y siempre amándose.

—Pero.... Me estremezco! Si vos supierais las amenazas de mi padre! Díjome, que si no le obedecía casándome con el hombre de su eleccion, era capaz de poner fin á mi existencia!

—Cielo santo!...—dijo temblando Margarita.—Tu padre quiere entregarte á un hombre!...

—Sí! A un hombre que no amo, ni amaré nunca!

—¡Oh! Esto es desesperante! Y esa amenaza!...

—No la cumplirá. Es para que lo obedezcas. Su carácter fiero no va hasta el extremo de matar á su propia hija. ¡Qué horror! Ni á pensarlo me atrevo!

—¡Ay! hija mia...!

—¿Qué teneis, Margarita? ¿Por qué temblais así?

—Nada!... Los nervios, Enriqueta.... ¡Dios mio! ¿Qué hacer en situacion tan difícil?

—Volviendo á vos, decidme: ¿No conoceis la causa por la cual doña Marcela os despide?

—No la sé; te lo aseguro...

—Oh!—murmuró Matilde—Bien lo sabe Margarita; pero no quiere acusar á la culpable, porque á ello se resiste la nobleza de su alma.

—Tú lo sabes?

—Sí. Berta es la causa. Mi desgraciada hermana, porque desgraciada será. Sembrando abrojos, tan solo recojerá punzantes espinas, que la destrozen el corazon.

—Pero, ¿de qué habrá podido acusar á Margarita?

—Oh! Se resiste la lengua á revelarlo. Mejor será que lo ignores, hermana mía.

—Sí, Enriqueta. No intentes saberlo.

Sería un nuevo dolor para tu alma entristecida.

—¿Y qué importa? No lo habeis experimentado vosotras? Pues, ¿por qué mi pecho ha de ser egoista, no compartiendo vuestros sufrimientos?

—¡Yo te lo suplico, Enriqueta!

—¡Margarita!

—Por desgracia, no tardarás mucho en saberlo. Berta misma se encargará de hacerte conocer la pretendida maldad de que me acusa.

—Ah! Viniendo de ella, todo es amargo y desconsolador! Pero, no os ireis en tanto que yo esté aqui. ¿No es verdad?

—Pasado mañana debo salir de esta casa. Esa es la voluntad de doña Marcela.

—Tanto rigor! No me explico el por qué.

Margarita guardó silencio, á igual de Matilde, inclinando su cabeza, abatida por la honda pena que abrumaba su alma.

Enriqueta contempló á entrambas y luego lloró largo rato hasta que el propio dolor dejóla como aletargada.

Margarita posó su mano sobre la frente de Enriqueta, y sintió que el ardor de la fiebre se la quemaba. Miró, llena de angustias, á Matilde y murmuró muy quedo:

—Parece que está enferma...

—Yo velaré por ella. — repuso Matilde en el mismo tono.

Margarita pidióle silencio á la jóven, colocando el índice sobre los lábios, y dijo:

—Descansad. Yo velaré su sueño. A mí me sería imposible dormir.

Matilde se apartó suavemente del lecho de Enriqueta, y, vestida, se reclinó en el suyo, dispuesta á acudir, en caso de que Margarita necesitara de su auxilio.

Y como el aposento continuase siendo dormitorio de las tres jóvenes, no tardó Berta en aparecer, dirigiendo investigadora mirada en torno suyo.

Al descubrir á Margarita, asomó á sus lábios su habitual maligna sonrisa.

Se desnudó en silencio, y al penetrar en el lecho, imperiosamente dijo:

—¡Señora Margarita! ¡Apagad la luz!

— Hermana — repuso Matilde —Enriqueta no se encuentra bien: tiene fiebre. Margarita ha de velar su intranquilo sueño, y no está bien que dejemos el aposento á oscuras.

— Apagad, os digo, ó llamo á mi madre!

Matilde iba á replicar, pero el temor de despertar á Enriqueta, la contuvo. Margarita extinguió la luz, quedando envuelta en la oscuridad.

¡Pobre mujer!

Tenía el alma tan buena, tan cándida y tan bella, que aunque víctima de las maldades de Berta, ninguna idea de venganza, ni de odio, empañó la pureza de sus sentimientos.

Sufría sin rebelarse, como si llorar fuera su única mision en la tierra. Su espíritu era de ángel. Tímida, no tenía valor para luchar; pero sí abnegacion bastante para sufrir resignadamente. Una amenaza la hacía temblar• pero había en aquella alma tanto amor, y ternura tanta, que se sentía capaz del sacrificio. De su propia debi-

lidad, sacaba fuerzas, y resistía á sus dolores, con la heroicidad de una mártir que sobrevive á los quebrantos más rudos y á las torturas más atroces.

La noche trascurrió sin que ocurriese cosa alguna digna de mencionarse.

Los rugidos de la tempestad gradualmente se aquietaban, y muy luego sucediéronle el silencio y la quietud.

Enriqueta, aunque sobrescitada, reposó algunas horas, calmándosele un tanto sus intranquilos nervios.

Las primeras tintas del alba sorprendieron á Margarita, junto al lecho de Enriqueta

Esta, al despertar y verla allí, de pié, ante ella y en actitud solícita, sonrió dulcemente, profiriendo esta pregunta:

—Habeis descansado, Margarita mía?

—Sí. ¿Y tú, cómo te sientes, querida?

—Nada bien. La cabeza algo pesada: siento flaquear mi memoria, pues que las imágenes desaparecen, á pesar del esfuerzo

de mi voluntad, y tengo mucho cansancio en todo mi cuerpo..... ¡Ay!...

—Permanece en cama; reposa más aún; eso te hará mucho bien; y, sobre todo, no pienses en nada. ¿Lo oyes?

Matilde y Berta habíanse despertado.

Ambas abandonaron el lecho.

Berta comenzó á vestirse, miéntras Matilde, que habíase acostado sin despojarse, se aproximó á la cama de Enriqueta, exclamando:

—Y bien! ¿Cómo va ese valor?

Y después de besar á Enriqueta, continuó:

—Y vos, querida Margarita, sin reposar toda la noche, velando el sueño de nuestra querida enferma, os sentireis fatigosa, como es muy natural.

—¡Cómo! Margarita! ¿Habeis permanecido junto á mí, sin descansar un solo instante? Eso me desagrada.

—Bah! No tenía sueño. No había podido estarme quieta sabiendo que tú sufrías. Pero no siento malestar. Estoy buena. Y la

prueba de ello, es que ahora mismo voy á salir á la calle.

—¿Adonde vais?—preguntó Enriqueta, con visibles señales de inquietud.

—A hacer unas cómpras, querida mía. Volveré muy luego. Tranquilízate.

Margarita besó la frente de la jóven, y despidiéndose de Matilde y Berta, salió precipitadamente de la habitacion.

Berta prosiguió su tocado, sumida en el mayor silencio; pero hecha toda oídos para no perder una sola sílaba de cuanto allí se hablara.

A pesar de los ruegos de Matilde, Enriqueta abandonó la cama. Vistióse, y, en union de su fiel compañera, bajó al jardin.

La brisa fresca y aromosa de la mañana disipó un tanto la pesadez de su cerebro. Aspiró con delicia aquel ambiente perfumado, y, al contemplar en torno suyo tanta belleza y armonía tanta, en aquellos esplendorosos instantes, sucesores de otros tempestuosos, sintió que oprimíale el corazon el recuerdo querido de su amado Alber-

to, y sus ojos se arrasaron en doloridas lágrimas, y cubrió su rostro mortal tristeza.

Matilde estrechó contra su pecho la mano de Enriqueta, que iba apoyada en su brazo, y exclamó:

—¡Animo, amiga mia! que la esperanza no te abandone! Observa qué prismas tan seductores! Y sin embargo, ayer rugía la tempestad, y ennegrecido el horizonte, surcábanlo relámpagos, precursores de la tormenta. Mira, hoy trocado ese cuadro sombrío en un panorama, lleno de colores y de vida. Trasformacion igual correrá tu suerte. No lo dudes, Enriqueta mia! Tras la borrasca deshecha, bordan el azul del cielo las luces bienhechoras de un sol esplendoroso. Y el agitado mar de tu vida se trocará muy presto en apacible lago. Esa es la ley de las compensaciones.

—¡Ah! Dios te oiga!

Las dos amigas se internaron en la arboleda umbría del jardin, desapareciendo á poco.

Berta las había seguido con la vista, aso-

mada en uno de los balcones de la casa.

—¡Tened cuidado! —murmuró, mirando siempre hácia el grupo que formaban Enriqueta y Matilde.

—¡Ah! —continuó— Siempre habeis sido querida y mimada. Pero ha sonado ya la hora del sufrimiento, y estad segura de que no sonreireis más con irritante expresion de calma y de ventura, pretendiendo ser siempre la más buena y la más hermosa de todas.

La próspera suerte no me abandona. Seré condesa, sí! Pero antes has de conocer tú, orgullosa Enriqueta, el temple de mi alma y el empuje de mis fuerzas. Siempre has querido ir delante de mí en todo. ¡Oh! Yo te dejaré atrás, muy atrás, donde nadie te pueda ver. Y si alguien intenta verte, que se avergüence de haberte visto!

Y al hablar así, los verdosos ojos de Berta fulminaban rayos de concentrada envidia, y de mal comprimido despecho, y su seno palpitaba violentamente á impulsos de la tem-

pestad que se agitaba en su alma pequeña y egoista!

Había trascurrido gran parte del dia, y Margarita no aparecía.

Renato Morgan, á quien nada ocultábasele de cuanto acontecía en la casa de doña Marcela, había acudido á enterarse mejor, y hablaba con Berta, que le imponía de lo acaecido.

Un pensamiento, que de antiguo acariciaba su mente, hízole concebir en aquel instante un diabólico plan, cuya realizacion no quiso demorar.

—¡Escuchad, mi querida y hermosa Berta! Cuando iba entrando á vuestra casa, ví á Alberto á corta distancia de ella, y oí que me llamaba. Hícele señas de que en seguida iría. Permitidme que vaya para volver en el acto.

—¿Volvereis presto?—preguntó Berta, envolviendo á Renato en una mirada de amoroso ruego.

—Sí, al momento.